



memoria viva

MUJERES PARA RECORDAR

mirando al futuro

EL CAMBIO DEMOGRÁFICO CAMINANDO HACIA NUEVOS ESCENARIOS

ISBN: XXX XXXX XXXXXX

Depósito legal: CC-000999-2019

Coordinación de la edición

UDP. Unión democrática de Pensionistas y Jubilados

Textos

Equipo UDP

Imágenes

Miguel Ángel Gragera
Archivo familiar

COORDINA:



FINANCIA:



memoria viva
MUJERES PARA RECORDAR

memoria viva
MUJERES PARA RECORDAR

Índice

1-. Presentación 04

2-. Mujeres para recordar

Teodora Aragón de la Llave	9	Carmen Moya Pizarro	81
Belén Arias López	15	Juliana Muga Herrera	87
Gregoria Ascención Barroso Cabezali	21	Ana Ponce Macías	93
María Caballero Durán	27	Modesta Raimínguez Rodríguez	99
María Visitación de Dios Díaz	33	Josefa Reyes Amaro	105
Concepción Díaz Bravo	39	Eugenia Ríos González	111
Leonor Diez Montero	45	Pilar Sedano	117
Emilia Durán Calderit	51	María Simón Arranz	123
María Antonia Galán Meléndez	57	Estefanía Trujillo Fernández	129
Columna Gil Fernández	63	Dolores Santos Valero	135
Eusebia Grados Márquez	69	Dionisia Venegas Medina	141
Aurelia Merchán Rodríguez	75		

Presentación

El logotipo de *UDP* es un árbol, en concreto un baobab africano. Lo eligieron quienes fundaron esta Organización para visibilizar algo hermoso e importante: que antiguamente mayores y jóvenes se reunían bajo los árboles de los entornos en los que vivían. Las personas mayores ayudaban a los jóvenes, les transmitían mediante narraciones los comportamientos y conocimientos aprendidos durante su vida, que encerraban también los valores y principios que les permitirían sobrevivir personal y colectivamente, así como adaptarse a los retos de su mundo.

Ahora las cosas son mucho más rápidas. Mis hijas, por ejemplo, prestan muchísima atención a sus hijos, pero veo la evolución de mis nietos y sé que todo va más deprisa. Antes las cosas eran más pausadas. Te sentabas con las personas mayores de tu familia, les contabas lo que hacías y ellas te hacían partícipe de su propia experiencia, de su propia vida.

Las nuevas tecnologías y los adelantos que disfrutamos son muy interesantes pero su valor se pierde con su inmediatez. Nos ocupa tanto la tecnología que olvidamos dialogar, comunicar, transmitir.

Sin duda, ser mujer conlleva implícito enfrentarse y convivir con distintas realidades y desigualdades.

Cuando alcanzan la edad de jubilación y dejan de formar parte del mundo laboral, las mujeres mayores y viudas, están condenadas a ser ciudadanas de segunda, por haber nacido mujeres y no hombres.

La viudedad en España, en multitud de casos, lleva incorporada una tragedia económica a la carga sentimental, consistente en que el día que vuelves del cementerio tras enterrar a tu compañero del alma, además te has convertido en una indigente. Marginadas, estigmatizadas; además de solas, pobres.

Si hablamos del tiempo dedicado al trabajo remunerado y no remunerado queda patente la invisibilidad del trabajo doméstico y del cuidado de familiares (en muchas ocasiones, con dependencia o discapacidad), mayoritariamente realizado por las mujeres. Se tiende a subestimar la contribución y la puesta en valor de su tiempo y dedicación al bienestar de la población.

Memoria viva es nuestra aportación para dar voz propia a las historias y vivencias de mujeres anónimas, pero no por ello menos grandes, de nuestros pueblos y ciudades y que perduren en el tiempo. Mujeres mayores cuya trayectoria vital representa una carga positiva de valores para la sociedad y en especial, para las nuevas generaciones.

No debemos olvidar la voz de las mujeres mayores, de nosotras, del rostro del envejecimiento en nuestro país. En la actualidad, somos 123 mil mujeres más que hombres de más de 65 años.

Mujeres mayores sí, pero también ciudadanas de pleno derecho, por nuestra vida recorrida a lo largo de estos años y porque nuestras aportaciones enriquecen a todos los niveles de la sociedad, desde nuestras propias familias, a nuestros barrios y pueblos, e incluso a la política.

Quien tenga, pues, oídos y curiosidad que se “*asome*” a esta publicación y las escuche directamente a ellas.

Paca Tricio
Presidenta Nacional de UDP

memoria viva
MUJERES PARA RECORDAR

Teodora Aragón de la Llave

90 años

Villar del Pedroso (Cáceres)

“*Teodora Aragón de la Llave perdió a su padre siendo niña, víctima de la guerra y tuvo que dejar la escuela y ponerse a trabajar y a ayudar a su madre muy pronto. Estuvo “sirviendo” en Madrid y cuando volvió al pueblo formó su propia familia, de cinco hijos, trabajando en una finca y en casas de gente adinerada.*”





Nació en Villar del Pedroso (Cáceres) en 1929, fue la benjamina de Luisa de la Llave y Leoncio Aragón.

De antes de la guerra recuerda que *“era la niña bonita de la casa, la pequeña, tenía cuatro hermanos y me llevaban a todos sitios”*.

De después, que se tuvo que poner a trabajar a los once años cuidando niños *“creo que he criado a la mitad del pueblo”*. Su madre la mandaba a la escuela pero no había traspasado el alto que había que subir cuando la llamaban porque habían ido a buscarla para que cuidase de niños que estorbaban en alguna actividad familiar, como la matanza. *“La paga que me daban era el plato de comida que me comía”*.

Las dificultades económicas obligaron a su marido a emigrar a Lleida durante unos años. Un día les buscaron para trabajar en una finca y las cosas mejoraron.

También que los niños encontraron una bomba y se les ocurrió, cosas de niños, echarla a la lumbre. La metralla que saltó le seccionó un dedo y se le metió en las piernas y hasta hace pocos años le ha estado saliendo.

Una noche, cuando tenía siete años, llegó a su casa el humo de la fábrica de harina donde su padre trabajaba, que ardía. Vivían cerca, su padre fue a apagar el fuego y cuando volvió dijo que tenían que salir de allí.

Al igual que sus vecinos, cargaron en los dos burros que tenían las cosas más necesarias y su padre los sacó al campo, a una finca. Allí los dejó por la mañana mientras él volvía al pueblo, pese a los ruegos y advertencias de su mujer que no quería que fuese y se temía lo peor, para dar de comer al ganado. En ello estaba cuando llamaron a la puerta, era un sobrino suyo, con un fusil, le preguntó qué quería y le respondió que fuese con él que se lo dirían en el Ayuntamiento. Allí había más hombres, atados, los subieron en un camión, los llevaron al puente de Bohonal de Ibor y terminaron en el Tajo. Su hermano mayor, Damián, también murió en la guerra. Las penurias la obligaron incluso a pedir en la calle.

Durante la guerra estuvieron en La Estrella (Toledo), en una casa grande, con otras familias. Un hombre que había hecho la mili con su padre se enteró de que estaban allí y les alquiló una casa.

A los 13 años se fue a servir a una casa a Madrid, donde tenía a una hermana -que luego se fue a París- con la que la dejaban estar un rato por las tardes.

Perdió a su padre a los siete años y a los once tuvo que dejar la escuela y ponerse a trabajar cuidando niños. A los trece se fue a servir a Madrid.

Años después volvió al pueblo y tuvo un hijo estando soltera; cuando se casó el niño ya tenía catorce meses. A los dieciséis días de su nacimiento tuvo que

volver a trabajar, a montarse en un burro para recorrer kilómetros llevando agua. Las abuelas solo podían quedarse con el niño para que ella trabajase, estaba “como un espárrago”, se lo llevaban para que le diese el pecho y no la encontraban, “no sé como salió adelante, pobrecito mío”. Conocía a su marido del pueblo, de siempre. Se casó con 36 años y tuvo otros cuatro hijos.

A su marido no le faltaba trabajo en el pueblo pero ganaba muy poco, cinco pesetas, por lo que se fue a trabajar a Lleida, con un hermano de ella. Allí estuvo bastantes años haciendo una presa, hasta las rodillas de nieve. Después volvió al pueblo, nuevamente a trabajar por poco dinero. Teodora recuerda que ella “jalberó”, pintó y empapeló paredes en busca de recursos para la familia.

Un día les buscaron para trabajar en un finca, en la provincia de Toledo, y se fueron ganando quince pesetas. Estaba al lado del pantano El Rosarito, que se encuentra entre Toledo y Ávila. Allí estuvieron once años y nacieron dos de sus hijos.

La finca era de un embajador que estaba soltero, vivía en París e iba una vez al año y cuando llegaba lo hacía con ayuda de cámara, chófer, cocinera y ayudanta; además estaban ella y otra chica.

“Éramos un ciento para este señor solo. Se vestía de esmoquin para cenar”. Trabajaba mucho y todo la hacía a mano, no había lavadora, por ejemplo, pero estaban bien. A sus hijos cada vez que iba les llevaba regalos que les sorprendían.

Pero ese señor murió y la finca se la quedó un sobrino suyo que estaba de embajador en Portugal y que cuando le tocó cambiar de destino prefirió quedarse de cónsul en Lisboa, porque le quedaba cerca. Tenía cuatro hijos jóvenes que vivían en Madrid y estaban continuamente yendo con amigos a la finca, donde ya no había ni cocinera ni ayuda de cámara, estaba Teodora para todo: limpiar, lavar, planchar, guisar y controlar el inventario de la casa.

No obstante no tienen ninguna queja del trato que recibieron. A sus dos hijos mayores *“me los metieron*



en un colegio interno” en Oropesa, pagado por ellos, y al pequeño con dos años le llevaron a la escuela que había en la finca. Allí vivían 36 familias, era como un pueblo, también había una iglesia y un pequeño comercio.

Sus hijos se llevaban bien con los del propietario, que les invitaban a algunos de sus desplazamientos por los pueblos o al traslado desde la casa a la iglesia, que hacían en un Mercedes.

Con la comida tampoco tenían problema. Por ejemplo, lo que recortaba a los filetes, para presentarlos bien, se lo guisaba después con patatas o arroz a sus hijos “y comían de maravilla”.

Pero era mucho trabajo y además tenía que cuidar de su madre, de sus hijos y de unos sobrinos. Volvieron al pueblo “y seguimos con la misma marcha, trabajando en las casas ricas”. Entonces, el hijo mayor se marchó a Barcelona a trabajar y el segundo, con quince años, a Madrid.

En la residencia en la que vive enseña a sus compañeras a hacer manualidades de todo tipo.

Teodora está “muy orgullosa de sus hijos” y los días de sus nacimientos figuran entre los más felices de su vida “aunque eran niños” y ella estaba esperando una niña, que finalmente llegó con la más pequeña. Lamenta, eso sí, que siempre ha tenido a alguno enfermo.

También tiene muy buenos recuerdos de la estancia de la familia en la finca. “Todos allí nos recuerdan con cariño” y cuando se fueron la señora le dejó escrito al

administrador que podían llevarse lo que les hiciese falta de la casa en la que vivían.

Además de cinco hijos, Teodora tiene diez nietos y tres bisnietos. “Una bisnieta con once años ya”.

Lleva dos años viviendo en la Residencia Virgen de Guadalupe, en Carrascalejo y está bien. Le gustan las actividades que realizan, a las que ella ha dado un gran impulso. “Cuando vine aquí no hacían nada y una de las trabajadoras dijo ‘Teodora os va a enseñar lo que sabe hacer’ y les enseñó a hacer cestas, tejas y otras cosas”.



Belén Arias López

86 años

Cabeza del Buey (Badajoz)

“ *La vida es un sinfín de diminutos momentos que van dibujando nuestra existencia. A los 88 años, paladear los buenos es un placer cotidiano. El lema de esta mujer ha sido buscar y hacer siempre lo que nos dé felicidad.*

Agradecer toda la existencia desde la bondad y la generosidad de corazón es lo que nos transmite Belén con su sonrisa de paz.



17 de enero de 1933. Cabeza del Buey, al este de la provincia de Badajoz, casi en la frontera con Córdoba, es el principal motor ganadero de la comarca.

Un matrimonio joven, él curtidor de pieles y ella, ama de casa, no perciben el gélido día en el exterior porque acaba de nacer su primera hija. Una niña preciosa. Se llama Belén, como la Virgen patrona de la localidad.

Acudió a la escuela, y era muy buena alumna. Sus padres querían que continuase su aprendizaje y la enviaron interna a Madrid para estudiar bachiller.

Se convertirá con el tiempo en la mayor de la familia numerosa, porque llegarán Leandro, Carmina, M^a Dolores y Julia. Pasó una infancia alegre jugando al corro, a la comba, al escondite... con sus hermanas, primos, primas y vecindad.

Acudió a la escuela, y era muy buena alumna. Sus padres querían que continuase su aprendizaje y la enviaron interna a Madrid para estudiar bachiller. La Enseñanza Secundaria en la década de los cuarenta estaba confiada casi en exclusiva a las órdenes reli-





giosas femeninas.

Ella lo hizo en Las Carmelitas.

En los cincuenta en adelante existía la obligación de cursar las materias de Escuela del Hogar, que los libros describían como *«los conocimientos básicos que debe poseer toda mujer con el fin de estar capacitada para cumplir su misión como ama de casa»*.

Esta etapa la recuerda como la más feliz de su vida, porque aunque se encontraba a mucha distancia de los suyos, aquí hizo grandes amistades y creó una nueva *“familia”*. Destaca entre todas, Mercedes Carrizosa, con la que ha mantenido el contacto hasta hace pocos años. Una vez acabados sus estudios, volvía en ocasiones a Madrid y se alojaba en su casa para realizar algunos cursos de formación en el M.A.S. (Movimiento Apostólico Seglar).

Si le preguntamos por sus relaciones de pareja asegura no haber tenido novio nunca, aunque sí que tenía en Madrid un buen amigo, del que se sonroja al hablar. Afirma que nunca quiso hacerle caso, ya que eran sólo amigos y para ella la amistad era siempre mayor al amor, pero él sí que se volcaba con numerosas señales de cariño y detalles y a través de los años le demostró lo mucho que la quería.

Belén no recuerda haber trabajado nunca de una forma remunerada, aunque nos cuenta que trabajaba

Asegura no haber tenido novio nunca, aunque sí que tenía en Madrid un buen amigo, del que se sonroja al hablar.

mucho en casa y que para ella su mayor empeño era ayudar a los demás e intentar que todos los de su alrededor vivieran en felicidad.

Su hermana pequeña se casó y tuvo siete hijos. Carmina también y tuvo cinco. Ella ha disfrutado ejerciendo su papel de tía de tan numeroso número de criaturas, asistiendo paso a paso a su crecimiento.

Se siente muy unida a esos sobrinos a los que vio nacer y hoy ya tienen sus propias vidas.

Leandro y Julia ya no viven. Junto con el fallecimiento de sus padres han sido los días más tristes de su vida.

Belén cuidaba de su madre, y ésta lo hacía de ella. Al fallecer, vino a Badajoz por cercanía con su hermana Carmina. Y actualmente vive en la Residencia Puente Real Palacio del Gua-

diana. Se siente muy unida a esos sobrinos a los que vio nacer y hoy ya tienen sus propias vidas. Carmina intenta ir todos los días a verla, y cuando no puede la echa mucho en falta, aunque también percibe el cariño cálido y fraternal de M^a Dolores desde Madrid.

Belén no recuerda ya muy bien ciertas fechas y datos. Es igual. Su rostro sereno a veces dormita y dibuja una sonrisa, tal vez regresando a su infancia, contemplando los múltiples matices verdes de las dehesas, la llegada de las grullas en los fríos inviernos, o el dulce sabor de las rosquillas y borrachuelos de su madre junto al aroma inconfundible a cuero de su padre.

Gregoria Ascensión Barroso Cabezali

96 años

Santibañez El Bajo (Cáceres)

“ Gregoria Ascensión, Chon, Barroso Cabezali mantiene a sus 96 años que ha sido feliz en su vida pese a un momento duro por la pérdida temprana de su marido de la que pudo reponerse gracias al ejercicio de su vocación de maestra en el colegio de su pueblo, lo que le proporcionó estabilidad anímica y social. Cuando enviudó , con la ayuda de su padre pudo darles todo lo necesario, tanto emocional como económicamente.



Nació en el año 1923 en Santibáñez El Bajo (Cáceres), un pueblo cercano a la ciudad de Plasencia. Su nombre le viene de que nació el día de Santa Gregoria y jueves de Ascensión. Su familia estaba formada por cinco hermanos y sus padres.

Su padre era sastre, se dedicaba a hacer los trajes que le encargaban sus vecinos del pueblo, en el que, además, tenía un ultramarino. Su madre era ama de casa y se dedicaba a cuidarla a ella y a sus hermanos.

En el Colegio de las Josefinas, en Plasencia, pasó hambre, que su padre intentaba mitigar llevándole roscas y pan blanco.

Empezó a ir al colegio siendo muy pequeña, le gustaba pero tuvo que dejarlo durante los años de la guerra civil. Recuerda que aquellos fueron unos años duros y que en el pueblo faltaron algunos alimentos que tardaron en volver. Hace memoria y dice que entre sus juegos infantiles estaba *la pídola*, nombre que le daban al juego de saltarse unos a otros que en otros lugares se llama el burro.

Fue al colegio de las Josefinas, en Plasencia, en el que pasaba mucha hambre, que su padre intentaba mitigar cuando iba a verla llevándole roscas y pan

blanco. Siguió los estudios con la antigua reválida y llegó a la Universidad de Salamanca, en la que hizo la carrera de Magisterio. Allí recuerda que por las mañanas el agua de la palangana estaba congelada y tenía que romper el carámbano para poder lavarse.

En las vacaciones seguía disfrutando del pueblo, sus amigas y sus fiestas. La fiesta más importante de la localidad es la fiesta del Santísimo Cristo de la Paz, que tiene lugar el 23 septiembre y se celebra con diversas actividades, además de los actos religiosos y la



verbena. A ella le gustaba especialmente participar en las carreras de vaquillas, una afición que ha heredado una de sus hijas, Lourdes. Maribel también pero corre menos y Choni no, no es lo suyo, “es un poco patosa”.

Entre sus recuerdos gratos figura el folclore, en especial el baile, bailaba la jota, montar en los caballos y haber ido a comprar churros para sus hijas cuando ponían el puesto en las fiestas.

Cuando terminó Magisterio, aprobó la oposición en Burgos y empezó su larga trayectoria profesional. El primer trabajo fue en el pueblo Santa Gadea de Cid (Burgos). Hasta allí fue en caballería con su hermano Justiniano, siempre dispuesto a ayudarla.

Allí pasó mucho frío y vio por primera vez la nieve, explica que para andar por ella se tenía que poner las almadreñas, un calzado tradicional de madera, tipo zueco. Aún mantiene relación con una amiga de allí, Inocencia Oviedo, al principio era por cartas y ahora hablan por teléfono de vez en cuando. El santo del día también tuvo que ver con el nombre de su amiga: nació el 28 de diciembre, día de los Santos Inocentes.

Tras diez años de matrimonio falleció su marido, dejándola viuda y con tres niñas pequeñas a las que dio estudios universitarios.

Además trabajó en Cadalso de Gata, en Villanueva de la Serena y en Ahigal un pueblo cercano al suyo, hasta que llegó a tener una plaza en el colegio de Santiabáñez El Bajo, ese fue un día de “gran alegría”. En él estuvo 25 años y vivió circunstancias felices. Daba clases a los alumnos de primero y segundo curso. Se encargaba de enseñar todas las asignaturas, como era costumbre en aquellos tiempos, en los cada profesor impartía todas las asignaturas de un curso, pero las que

más le gustaban a ella eran Matemáticas e Historia. Era muy estricta en sus clases y por ello todo el pueblo la conoce como “Doña Chon”.

En este colegio coincidió dando clases con una hermana suya, un hermano y una cuñada de su marido e incluso con un sobrino y les dio clases a sus hijas siendo aún más exigente con ellas que con el resto.

Ya estando trabajando y con 32 años se casó en su pueblo con Fidel, un amigo de la pandilla, dos años menor que ella. Fue una boda sencilla y bonita a la que siguió el viaje de novios a Granada y A Coruña, donde vio por primera vez el mar.

El nacimiento de sus hijas fue “lo más grande”. “Cuando nació Maribel, que es la pequeña, la alegría fue grandísima porque no esperaba otro”.



Su marido era muy alegre y fueron felices durante diez años, entonces falleció en un accidente de tráfico cuando estaba repartiendo pan por los pueblos cercanos, dejándola viuda y con tres niñas pequeñas.

Tras la muerte de su marido vivió unos años difíciles que logró superar con el ejercicio de su trabajo y la ayuda de familiares cercanos de Fidel, su hermano Justiniano y su cuñada Pilar, sus hijas y su padre, que se fue a vivir con ella; con su padre convivió hasta la muerte de él a los 90 años.

Hizo la carrera de Magisterio en Cáceres y la ejerció durante veinticinco años en su pueblo, después de haber dado clases antes en otros.

Con la jubilación empezó a disfrutar de aficiones como el ganchillo, la costura, que no aprendió de niña con su padre sastre –que le decía que se dedicase a estudiar- sino de su cuñada Pilar ya siendo mayor, y, sobre todo, la cocina. Se convirtió en una gran fan del cocinero Karlos Arguiñano, compró sus libros de recetas y se puso a elaborarlas; le gustaba cocinar pollo relleno y lo que más alababan sus hijas eran las croquetas de pollo que hacía los domingos y las natillas. Le gusta Arguiñano porque “es muy normal”.

También en esta etapa inicia su gusto por cuidar su aspecto físico, por llevar su pelo muy bien peinado y ponerse un buen maquillaje que sigue manteniendo a sus 96 años.

En su vida lo más importante ha sido la dedicación a sus hijas, a las que brindó la posibilidad de un buen futuro ofreciéndoles la oportunidad de estudiar una carrera universitaria. Ahora son ellas, Choni, Lourdes y Maribel, las que le devuelven el cariño que recibieron en sus visitas, llamadas y detalles porque, pese a las circunstancias difíciles, se han mantenido muy unidas. Además tiene especial aprecio por sus tres nietos. Ha vivido sola en su pueblo hasta que a los 91 años tuvo un problema de riñón que derivó en varias es-

tancias hospitalarias que la llevaron a decidir irse a vivir a una residencia de personas mayores, porque quería estar acompañada y bien atendida.

Esos cuidados los recibe en la Residencia Geriátrica Virgen de la Montaña, de Casar de Cáceres, donde vive. En ella ha encontrado amigas y cuenta con la ayuda que necesita para ciertas actividades de su vida cotidiana, en la que participa en los servicios de fisioterapia, psicología y terapia ocupacional y en las fiestas que organizan, la última ha sido para celebrar el Calvete, con el asado de castañas. También juega al bingo y, coqueta, lleva una pulsera que ganó en él.



María Caballero Durán

82 años

Puebla del Maestre (Badajoz)

“ *María, nombre que encierra amor desinteresado, compasión por los demás, fortaleza ante las dificultades, madre entregada y amante esposa que no retrocede ante el sufrimiento, sin perder nunca la risa cantarina que ilumina sus días, es ejemplo vivo de la Intrahistoria, de tantas mujeres anónimas que han antepuesto su amor por la familia a su propia existencia siendo la riqueza oculta, la que nunca aparece en los libros de Historia, aunque sean el pilar férreo sin el que la sociedad no avanzaría.*



Hay ocasiones en las que los recuerdos de niñez se borran en la neblina del tiempo, porque no hubo la intensidad de felicidad necesaria para atraparlos. Sobre todo si se nace en España en plena guerra civil, y luego se vive la negra postguerra que dejó sin infancia, sin sueños, a miles de criaturas que no tenían culpa alguna.

A los trece años quedó huérfana de padre, que en aquellos años era quien sustentaba económicamente a la familia.

Es lo que le sucedió a María, que vino al mundo el 19 de abril de 1937 en Puebla del Maestre, en el extremo meridional de la provincia de Badajoz.

A los trece años quedó huérfana de padre, que en aquellos años era quien sustentaba económicamente a la familia. Su mujer, su hija y dos hijos, tuvieron que afrontar la situación buscando ingresos donde fuera. Doña Julia, una maestra, prima hermana de su padre, le ofreció trabajar ocupándose de la limpieza del hogar y el cuidado de Consolación, su hermana con discapacidad. En el hogar ya trabajaba una señora, que al poco tiempo de empezar María, quedó embarazada y tuvo una niña, llamada Emilia.



Debido al escaso espacio en el hogar de esa familia y el cariño que le fueron cogiendo, la chiquilla fue criada en el entorno de la casa de Doña Julia. La madre iba y venía a su casa, para atender a su marido y a sus otros cuatros hijos dejando a Emilia siempre en el domicilio de la maestra. Por lo tanto, otro cargo más para María, el cuidado y crianza de esa pequeña.

Mientras la abnegada asistenta seguía trabajando por y para Doña Julia, un muchacho empezó a trabajar en las tierras de Doña Julia. Se le daban bien todas las tareas del campo, arar, talar, coger aceitunas, etc.

Entre faena y faena, Máximo, se fijó en aquella joven trabajadora del hogar. Terminó conquistando a María. Ella tenía 30 años y él 35. Ya tenía casa propia y las ideas muy claras, así que su noviazgo, al contrario de lo habitual en la época, duró sólo seis meses.

Cuando llevaban un año de casados, María seguía teniendo mucha carga de trabajo porque no dejó el servicio de Doña Julia, su hermana Consolación y Emilia.

Al año de casados, María queda embarazada de su primer hijo, Juan Antonio.

Máximo seguía trabajando en las labores del campo y María no dejaba de asistir a la casa de Doña Julia. A los dos años nació su segunda hija, M^a Isabel.

María, además de ocuparse de su familia, de su marido, de ordeñar las cabras y vacas, siguió cuidando a Doña Julia cuando le dio un ictus. Iba, la aseaba, le preparaba el desayuno, comida y cena.

Emilia, la niña que ella había criado, ya era una mujer que se había casado y tenía cinco hijas y se había quedado allí a vivir.

Al poco tiempo María se queda de nuevo embarazada por tercera vez y su marido tiene que emigrar a Alemania para trabajar en una fábrica, quedándose ella sola con su hijo y su hija. Este último alumbramiento se produjo en Llerena y tuvo cierta complicación, ya que detectaron alteraciones en la sangre del bebé.

Fue trasladada de urgencia a Badajoz para hacerle un cambio urgente de la tipología de sangre, una situación difícil que vivió y enfrentó ella sola.

Pronto vuelve su marido de vacaciones desde Alemania y conoce a su tercera hija, Inmaculada. Estaba dispuesto a regresar de nuevo, pero su mujer le propuso ir toda la familia con él, o por el contrario, quedarse en España. No quería que sus hijas e hijo se criaran sin padre, como desgraciadamente le ocurrió a ella.

Ella tenía 30 años y él 35. Ya tenía casa propia y las ideas muy claras, así que su noviazgo, al contrario de lo habitual en la época, duró sólo seis meses.



Máximo no se lo pensó y decidió permanecer. Volvió a trabajar en las labores del campo, mientras María seguía sola al cuidado de sus tres retoños hasta que fueron un poco más grandes. Luego empezó a trabajar en casas, haciendo limpieza en verano y como matancera en invierno.

Comienzan unos años muy felices para María y para su familia, mientras el matrimonio va trabajando y viendo crecer a sus hijos. Siempre aplazando viajes y excursiones para cuando llegara la jubilación de Máximo. Los momentos de más dicha, son las celebraciones de las tres bodas, los sucesivos bautizos...

Hasta que por circunstancias de la vida, su hijo mayor se va a Barcelona, Isabel a Sevilla e Inmaculada a San Sebastián. Los ven pocas veces al año con gran nostalgia por parte del matrimonio que empieza a sentir la soledad del nido vacío. Y más cuando tienen ya cinco nietos.

Pero todo se trunca cuando a los 64 años le da un ictus a Máximo justo antes de jubilarse. Se le irá repitiendo cada cierto tiempo, haciéndolo cada vez más dependiente en las actividades de la vida diaria. Su casa de la Puebla del Maestre presenta diferentes barreras arquitectónicas que impiden una buena calidad



de vida a su marido. De nuevo, María, que lleva toda su vida viviendo la renuncia, decide junto con sus hijos dejar el hogar y buscar un centro residencial.

Su hija Isabel tiene muy buenas referencias del de Montemolín, a 18 km de su pueblo, María y Máximo aceptaron ingresar en 2012 con la condición de que ella fuera la cuidadora principal de su marido.

A día de hoy, el personal del centro residencial, así como su familia está dispuesta a apoyarle y poner el apoyo de otra persona para que le ayude en las transferencias, movilizaciones, arreglo y aseo personal de Máximo, así como con la alimentación, ya que la realiza a través de sonda nasogástrica. Pero María que ha asistido a personas dependientes desde bien

No quería que sus hijas e hijo se criaran sin padre, como desgraciadamente le ocurrió a ella.

pequeña aunque no le mostrasen afecto, cómo va a dejar en otras manos a su querido Máximo ahora que tanto la necesita. Es amor de verdad. Y es feliz de poder demostrárselo.

Ella se siente contenta en éste su nuevo hogar. Le gusta hacer gimnasia, dibujar, actividades de cálculo, lenguaje, trabajar la memoria. Todo le encanta. Cuida sus macetas que le transmiten alegría, se lleva muy bien con todas las personas de la residencia. Y como broche de oro, todas las noches su nieta la llama por teléfono.

María Visitación de Dios Díaz

85 años
Trujillo (Cáceres)

“*María Visitación, Marita, de Dios Díaz nació en Trujillo en 1934, en una familia de clase media-alta, tenía un hermano dos años mayor y ha gozado de una vida acomodada. De su matrimonio con Santos, topógrafo, tuvo cinco hijos y a sus 85 años tiene nueve nietos. Lo que más siente es el fallecimiento de su marido con quien vivió en varios lugares y fue muy feliz. En su estancia en Madrigalejo (Cáceres) tuvo como vecino a Pedro Almodóvar niño.*



La familia tenía una confitería-pastelería en Trujillo, heredada de sus abuelos paternos, en la que trabajaban un oficial y su madre, Aleja Irene. En casa tenían una cocinera y cada hijo tenía una niñera. La suya se llamaba Elena, y se encargaba de darle la cena, acostarla, cuidarla y sacarla a pasear.

Su infancia fue feliz, tuvo lo que quería y recuerda que su familia podía ayudar a los necesitados. Fue al colegio “Las Carmelitas de la Caridad” de la Fundación Vedruna. Por las tardes, salía a jugar con sus amigas a la plaza de Trujillo, acompañada por la niñera.

Los jueves por la tarde iba de caza con su padre; los niños la llamaban “*marimacho*” pero para ella era un momento especial. “*Mi padre me ponía delante, me ponía el dedo en el gatillo y disparaba. Una vez*

Ha tenido una vida acomodada. De niña, en casa tenían una cocinera y cada hijo una niñera.

llevaba una chaqueta de angora muy bonita que me habían mandado mis tías, las de Madrid, y de repente hubo una gran tormenta, me fui a meter debajo de un árbol pero mi padre me dijo que no, que era

muy peligroso porque había relámpagos, caí al suelo, en todo el barrizal, y cuando llegamos a casa mi madre pregunta qué es lo que ha cazado mi niña y, de que ve la chaqueta, dio un grito y yo le dije ¿te duele algo mamá?”. Su padre falleció cuando ella tenía 12 años, en un accidente de caza.

Descubrió la televisión en Madrid, en un viaje a casa de sus tíos. Le gustó, pero ella ya escuchaba la radio e iba al cine infantil y la vio como una mezcla de ambos. Le gustaban las películas de Deanna Durbin y de Lina Morgan.

Con 17-18 años, fue a la “La Feria del Campo” de Madrid representando a Trujillo, vestida con el traje típico de pollera. Allí conoció al cantante Antonio Machín y a Carmen Polo, mujer del dictador Francisco Franco. Con ella habló sobre la caza ya que sus familiares iban a cazar Trujillo, donde vio a Franco pasar en coche. De su encuentro con Antonio Machín recuerda que “*se quedó asombrado*” de los trajes que llevaban ella y sus amigas y les preguntó qué canción querían que les cantase. “*Una dijo Madrecita, otra Angelitos negros y yo le dije que tenía todos sus boleños y que el que más me gustaba era Mira que eres linda. Y allí salió con Mira que eres linda*”, que le dedicó. Dice que pasó “*mucha vergüenza*”.

No puso interés en casarse. Pensaba que la mujer estaba muy supeditada al hombre y quería vivir libre.

Representó a Trujillo en la Feria del Campo de Madrid, donde conoció a Carmen Polo y a Antonio Machín, que le dedicó una interpretación del bolero “Mira que eres linda”.

Algún chico le rondaba, pero después conoció Santos, el que sería su marido, con 22-23 años. Él era topógrafo y trabajaba por los pantanos de la zona. Marita pensaba meterse a monja, pero se enamoró y se alejó de su idea inicial.

Se casaron en abril de 1962. El viaje de novios duró 30 días, en los que recorrieron todo el norte de España y Portugal y *“no pasamos a Biarritz porque no teníamos pasaporte”*.

Se quedó embarazada enseguida, tuvo dos abortos espontáneos y cinco hijos, Fernando José, Jorge Luis, Carlos Javier, Sonsoles e Iván Enrique. Sus hijos fueron buenos estudiantes y ella exigía resultados para irse de vacaciones a Ávila, la ciudad natal de su marido. *“Era muy dura con los estudios, les dije que tenían dos caminos o estudiar o trabajar y estudiaron y se han situado muy bien”*.

La madre de Marita dejó la confitería cuando ella se casó y se fue con su hija, que en seis años tuvo a sus cinco hijos. Ayudó en la crianza de los niños hasta la Nochevieja de 1977, en la que falleció.

Recién casados, vivieron en Madrigalejo (Cáceres), donde fue su marido a trabajar al pantano y de donde se fueron, *“por el colegio de los niños”*, a Orellana la Vieja (Badajoz). Vivieron allí hasta 1997, año en el que Santos se jubiló y se marcharon a Ávila, donde compraron un piso. *“Ávila es muy bonita pero tiene el inconveniente de que es muy fría. Me gusta porque es una ciudad seria, la gente es seria, no es de chiringota”*, explica.

Santos solo pudo disfrutar de su jubilación un año, al siguiente le detectaron un tumor y un año después falleció, a los 67 años, por un cáncer. Solo pudo asistir a las bodas de Jorge, Fernando y Sonsoles y únicamente conoció a una nieta. Todos sus hijos se casaron, Marita vivió las bodas con gran alegría, considera bonito ver cómo un hijo forma su propia familia; tiene nueve nietos, de una de ellas, Julia, recuerda que *“venía y me decía abuela bonita pon las manos y a callar y me pintaba las uñas de colorines”*.

Dice que su matrimonio fue *“muy feliz”*, aunque *“también reñíamos, como todos los matrimonios”*. *“Fui la mujer más feliz del mundo con mi marido”* y *“lo único que lamento es que mi marido no viva ahora, porque es la persona que más he querido”*, son algunas de las frases que le dedica.

Tras el fallecimiento de Santos, Marita siguió viviendo en Ávila. Tenía un grupo de amigas con las que salía por las tardes. Además, pasaba temporadas con alguno de sus hijos, en Cáceres, Madrid, Don Benito o Córdoba. Su hijo pequeño estaba entonces soltero y con él viajó a Galicia y los Pirineos.

Disfrutó de un viaje de novios de 30 días y tuvo a sus cinco hijos en seis años.

En 2013, decidió ir al centro *Ciudad Jardín-Parque del Príncipe* en Cáceres ya que había perdido movilidad en las piernas. En él ha establecido buenos vínculos con sus compañeras. Le gusta conocer gente y *“charlar con alguien que venga extraño”*. Los responsables del centro afirman que Marita *“es una señora”*. *“Es guapa, elegante, muy educada, respetuosa, con algo de carácter y muy coqueta; como ella dice ‘le gusta ir adecuada’”*.

De su etapa en Madrigalejo relata algunas anécdotas de cuando Pedro Almodóvar era niño y *“vivía frente a mi casa”*.

Su madre la aconsejaba sobre cuestiones de la zona como los días en que iban a vender a la localidad los de Navalvillar de Pela, que llevaban buen aceite.

De su estancia en Madrigalejo recuerda a Pedro Almodóvar niño, que, dice, era su vecino.

Explica que un día *“cuando eso de ‘Todo sobre mi madre’”*- su hija Sonsoles se encontró en Madrid con Almodóvar, que se interesó por ella y recordó los cromos y las pastillas de chocolate que le daba”.



Concepción Díaz Bravo

91 años

Ibahernando (Cáceres)

“ *Concepción Díaz Bravo, nació en Ibahernando en diciembre de 1928 y era la mayor de tres hermanos, dos de ellos varones. Tiene un hijo y una hija, seis nietos y seis bisnietos -cinco nietas y un nieto y cinco bisnietos y una bisnieta- de los que disfruta después de una vida de esfuerzos y contratiempos familiares.*



Su padre era socialista, presidía la Casa del Pueblo en Ibahernando, tenía, junto con su abuelo, un horno para cocer tejas y ladrillos y enseñaba a leer y a escribir a los que no sabían.

Tenía siete años cuando empezó la guerra civil y su padre tuvo que esconderse en un zulo que hizo

en el desván. Los falangistas registraron varias veces la casa, pero no lo encontraron. A los 29 años llevaba casi dos escondido, se estaba quedando ciego y una noche decidió salir y unirse a la zona republicana, pero lo cogieron y lo llevaron a la cárcel de Trujillo.

También encarcelaron a su madre y al resto de la familia. A sus hermanos pequeños, Kiko y Miguel, los dejaron ir con su madre pero a su tío José y a ella los llevaron a una casa donde había más niños.

Cuando sus tíos y su madre salieron de la cárcel los desterraron a Serradilla, donde los acogió una familia. Al poco tiempo, se fueron a vivir con su abuela Carmen a Cáceres, donde tenía una casa alquilada. Con dos años, su hermano Miguel murió por una infección de oídos.

Su familia estuvo encarcelada en la guerra. Su padre murió en la cárcel a los 32 años de tuberculosis.

En la guerra pasó “algo de hambre, pero no mucha porque mi abuela arrendó un horno en el pueblo, hacía pan para la gente que tenía dinero, que pagaban con pan”. “Cuando sonaban las sirenas y había que irse al refugio me daba mucho miedo y echaba a correr al campo”.

Cuando terminó la guerra, su madre trabajó de criada interna y su hermano Kiko y ella se quedaron con la abuela Carmen, que cuidaba de niños que le llevaban las madres que trabajaban y los enseñaba a leer y escribir. Concha también aprendió con ella.

La abuela la llevaba a la estación a vender bocadillos a los soldados; un día se cayó a la vía y el tren le cortó las dos piernas por la rodilla. La llevaron al hospital y ella estuvo esperando hasta que le dijeron que se podía ir, que su abuela estaba viva. Fue a verla diariamente el tiempo que estuvo ingresada.

Cuando volvió a casa, un zapatero le hizo unas suelas para las rodillas, con la goma de la rueda de un camión, y así siguió cuidando de ellos.

A su abuela Carmen -Carmen Peña Fernández, precisa- la tiene continuamente presente. Se crió con ella

y con su abuelo Pedro. *“Era una mujer excelente, me la cogió el tren una noche de Reyes y estuvo con sus piernitas cortadas trece años”*.

A su padre le recuerda tras una reja, cree que en la cárcel de Trujillo; fue al última vez que lo vio. Luego lo trasladaron al penal de Santa María donde lo condenaron a muerte, cuando acabó la guerra lo indultaron condenándolo a 30 años, pero murió a los 32 años de tuberculosis, según el certificado que le entregaron a la familia. No han recuperado el cuerpo.

Con 14 años empezó a trabajar lavando ropa. Después hizo corte y confección y trabajó de modista.

La dejaron al cuidado de su abuela Carmen que un día, estando con ella, se cayó a la vía y el tren le cortó las dos piernas.

Se casó con 21 años. Su marido, Modesto, era panadero y trabajaba en un horno por las noches y cobrando recibos y haciendo el reparto de una imprenta por el día. *“Trabajaba mucho para tener la casa que él soñaba y que consiguió”*. En otro tiempo también repartió las fotos que hacía el conocido fotógrafo Ma-

nolo Bernal, que llegó a Cáceres desde Ceuta, para lo que se compró una moto, una *Lambretta*.

Vivieron en una corrala con otras cuatro familias. Tenían que ir a por agua a la fuente hasta el año 56 en que pusieron un grifo y un retrete que compartían todas las familias. Su casa tenía una cocina-comedor con hornillo de leña y tres habitaciones, y en ella vivían junto al matrimonio su abuela Carmen, su madre, su hermano y su hijo, hasta que su hermano se casó y murió su abuela. Su madre también vivió con ellos hasta su muerte, con 94 años.

El día que se puso de parto de su hijo Paco fue a La Casa de la Madre, la llevaron a una habitación y le dijeron que estaba el obispo de visita y hasta que se fuera no la podían atender. Su hijo nació morado, creían que se moría. Cinco años después tuvo a Concha, que nació en casa atendida por doña Purita, con la que casualmente ha convivido en la Residencia de Mayores San Jorge Ciudad Jardín, donde está.

En 1962 se mudaron a la sede de la Cooperativa de las Casas Baratas, a cambio de limpiar la oficina y cobrar los recibos a los socios. Diez años después compraron una de las casas en la calle Reyes Católicos, con un crédito; desde entonces vivieron en ella.

Con su marido y unos vecinos iba los domingos al fútbol a ver al Cacereño. También les gustaba ir a bailar y al cine y, en feria, algunas veces al teatro.

Su marido se jubiló anticipadamente por problemas de salud. Compraron con su hijo una parcela en Sierra de Fuentes, en la que hicieron una casita, un gallinero y un huerto. Todas las tardes iban a regar y a echarle de comer a las gallinas. *“Disfrutamos del campo con mi madre, mis hijos y nietos durante algunos años, aunque los problemas de salud de mi marido se fueron agravando porque sufrió varias anginas de pecho”.*

Hace unos diez años, empezaron a construir unos pisos al lado de su casa y al hacer la excavación se derrumbó la mitad de la casa, en la que estaban su marido y su nieta Cecilia. No les pasó nada, pero quedaron llenos de polvo y con un tremendo susto. La constructora les proporcionó ese mismo día un piso amueblado donde estuvieron viviendo hasta que les terminaron la casa. *“Pero mi marido no se recuperó del susto y murió a los pocos días de que nos fuésemos a nuestra casa”.*

Ha vivido sola desde entonces, aunque con la ayuda diaria de una mujer. Por la tarde leía libros de la

biblioteca hasta que llegaban sus hijos y jugaban un rato a las cartas. *“Me defendía muy bien sola y no quería que se quedaran conmigo a dormir”.*

A su nuera, Elvira, la considera una hija más y recuerda cuando la escondía porque su padre no quería que fuera novia de su hijo, porque su padre era guardia civil y ellos eran republicanos. Tiene cariño a su exyerno, aunque ya no esté con su hija, *“porque es una buena persona”.* También crió a una nieta, Beatriz, *“otra hija”*, que le llevaron con tres meses porque su madre estaba trabajando en Murcia.

Trabajó duro con su marido, con quien también disfrutó del campo, el fútbol, el baile, el cine y el teatro.

En octubre de 2018 se cayó y se rompió una cadera. La operaron y fue a recuperarse a la Residencia San Jorge Ciudad Jardín. Después se volvió a caer y se rompió un brazo, desde entonces vive en la Residencia. Se lleva *“estupendamente”* con sus compañeras, *“porque yo ni pío”.*



Leonor Diez Montero

95 años

Segura de León (Badajoz)

“ *Leonor es una joven atípica para su época, ejemplo de cómo la libertad interior se escapa a los cánones del tiempo o la sociedad, sin estar reñida con ser a la vez mujer amable y muy familiar.*

Hoy, esta nonagenaria risueña, dicharachera y sociable, a la salida de su misa diaria, charla con toda la gente del pueblo luciendo esa memoria prodigiosa, haciendo los “mandaos” como ella dice, con su carro de compra, para luego elaborar apetitosos platos, ya que le encanta cocinar.



Todo buen perfume se envasa en frascos pequeños y tiene unas notas de salida que nos atrapan, un corazón y unas notas de fondo que es lo que perdura.

Los 94 años de Leonor se conservan perfectos en un cuerpo menudo, vital y locuaz, que es lo que desprende en un primer contacto. Muestra un corazón alegre y agradecido con un fondo memorístico en el que guarda intactos, todos los nombres y fechas de las personas que entraron en su vida en algún momento.

Cual flor de invierno nació un helador 19 de diciembre de 1924. La segunda hija, tras la que llegarían dos hijos del matrimonio Diez Montero en Segura de León, localidad situada al sur de Badajoz, casi frontera con Andalucía. Vivían cerca de la plaza del pueblo, en la calle S. Francisco número 5. Como su padre trabajaba en el cortijo en el campo de Ardila a unos 25 km de distancia sólo lo veía los fines de semana.

De su infancia guarda excelentes recuerdos. Iba a las escuelas nacionales con su hermana y destacaba por lo inquieta que era, aunque siempre fue una buena alumna. Lo que más le gustaba era la Historia. Por aquella época las chicas sólo estudiaban hasta los 14 años. Cuando tenía 12, llegaron al pueblo las Hermanas de la Cruz, y hubo chicas que se cambiaron.



Pero sus padres no quisieron, porque las de sus hijas eran unas excelentes maestras. Es consciente de la suerte que tuvo de poder completar sus estudios, ya que otras niñas tenían que dejarlos para ayudar en sus casas.

A la salida jugaban al corro, a la comba, a la piedra... Como sus abuelos vivían cerca de la plaza, allí se juntaban con todos sus primos y primas, sumando hasta 23 la chiquillería feliz.

Luego ya estuvo en casa y su madre, Leonor, que tenía muy buenas manos, le enseñó a bordar. En su actual casa muestra, orgullosa, cuadros, tapetes, mantelerías y colchas realizadas por ella.

Los veranos, cuando arreciaba el calor, su abuelo paterno las iba a buscar en su coche de caballo y se las llevaba al cortijo que estaba en la rivera. Al año siguiente, iban al de su abuelo materno, y su padre les arreglaba un carro como los del Rocío. En ambos tenían muchas cabras y ovejas, menor cantidad de vacas y también cochinos.

Desde pequeña, tanto a su hermana como a ella, les gustaba el canto, y con tan sólo 5 años, el padre de dos amigas, de su misma edad, les enseñó un villanci-

co y fueron las cuatro a cantarlo a la iglesia. Y a los 9 años pusieron un teatro para sacar dinero para misiones y de nuevo participaron con un número musical.

Los chicos nos cantaban:

*“Holandesa encantadora
vengo en busca de tu amor,
no me desprecies chiquilla
que de ti me enamoro yo”*

Nosotras respondíamos:

*“Holandés, yo no me fio de
tus palabras de amor
si me llevas pronto al cura,
lo pensaré entonces mejor”.*

Después cantábamos los ocho:

*“Holanda, Holanda,
sólo tu suelo quiero pisar,
donde la mujer sabe querer y olvidar”.*

Su infancia transcurría alegre y despreocupada, hasta el verano de 1936, cuando toda España se vio su-

mida en la guerra civil. Ella tenía 12 años y recuerda gritos, tiros y muertes. Con tanto miedo en el cuerpo se refugiaron en el campo, en el cortijo. Les costó mucho que el ayuntamiento les diera el permiso para abandonar el pueblo, fue gracias a Andrés “el Grillo”, que era su mozo de mulas. Éste además volvía cada semana a por provisiones, aunque allí tenían huerto y la leche de las vacas.

Pasados esos años oscuros, de temor y desconfianzas, Leonor volvía a salir con sus amistades. Recuerda tener muchos y muy buenos amigos, pero novios, ninguno. Ella no se consideraba gran cosa. No era alta, ni guapa, nos relata. Aunque realmente era su independencia lo que no quería perder. Tener una relación suponía “marrarse a un hombre, hacer lo que él quería”, y precisamente ella se diferenciaba del resto de sus amigas que pasaban años de noviazgo preparando el ajuar para la futura boda. Disfrutaba de la libertad de salir todos los días. Iban al Rosario y luego a pasear. No había bares ni dinero como ahora.

Había que guardarlo porque no se podía despilfarrar. Retomó el teatro que tanto le gustaba desde niña y participó en varias obras en el de su pueblo, que tenía escenario, gradas, platea y gallinero. Títulos como: “la casa Quirós”, “Después de Dios”, o “La Presumía”, en

la que fue la protagonista. Aún canta de memoria sus versos:

*“Me dicen la presumía, eso me dice la gente...
Palabritas de plomo me estás diciendo,
Como son tan pesadas me están hiriendo.*

*En mi puerta no quiero más vendavales
No tires ya más chinitas por mi ventana,
Que el amor a porrazos quita las ganas.*

*Y si pesan quintales, ya te lo advierto,
Volando por los aires las lleva el viento.*



Otro grato recuerdo familiar era la celebración de la matanza del cerdo que se hacía en su casa. Motivo de reunión de la extensa familia para elaborar ricas chacinas, morcillas macho, las de sangre, los morcones....

Ella tuvo novio a los 25 años, y luego se casó a los 30. Para aquella época se consideraba a una mujer ya mayor. Comenta que no pensó nunca en casarse, y Pepe también era tranquilo y no le metía prisa. Leonor añade, que lo hizo porque le dio la gana.

José Miranda tuvo primero una bodega, un molino de pienso y una fábrica de hielo. Luego cuando las viñas ya no daban para sostenerse, cerró la bodega y se dedicó a la ganadería en el campo.

Como él le llevaba tres años, su grupo de amistades se amplió con personas algo mayores, y no perdieron esa costumbre de salir a pasear. Tampoco han dejado de asistir nunca a las fiestas tradicionales de las Capeas que se celebran del 13 al 18 de septiembre. Los aficionados toorean y recortan las vaquillas. Los preparativos empiezan a principios de mes con la instalación de los tablaos y las troneras con la celebración de un quinario en honor del Cristo de la Rreja. En la actualidad toda la familia acude, y se juntan unas quince personas en casa.

Le ha dado tiempo para todo en la vida. Tuvieron 6 hijos y han podido darles estudios universitarios en Sevilla, por proximidad y por costumbre, ya que su abuelo se había criado allí. Viven también en dicha ciudad, salvo uno de los hijos que ha seguido con el negocio familiar y una hija soltera que ahora vive con ella. Y tiene 5 nietos y nietas.



Emilia Durán Calderit

88 años
Badajoz

“Impresiona el temple de mujeres como nuestra protagonista, que de forma silenciosa y sacrificada tejieron el entramado amoroso que sostenía la palabra “hogar”.

El aroma cálido maternal se funde con el sabor intenso de reciedumbre, valentía, esperanza en el futuro y generosidad sin límite que siempre acompañarán a las futuras generaciones.



En abril de 1931 se había declarado conjunto histórico al Casco Antiguo, la Alcazaba y el Recinto abaluartado de la ciudad de Badajoz. Justo el 6 de octubre de ese mismo año nacía Emilia, que iba a demostrar su fortaleza inquebrantable, cual digna hija de ese territorio.

Como la gran mayoría de mujeres de esa generación vivió la guerra civil muy de cerca, con apenas cinco años.

Como la gran mayoría de mujeres de esa generación vivió la guerra civil muy de cerca, con apenas cinco años. Su padre, Antonio, era enfermero en el Hospital provincial y tuvo que enfrentarse a tiros, nos cuenta.

Pasó toda la guerra fuera de su ciudad, y su mujer tuvo que trabajar duramente, pasando necesidad, ya que escaseaban los alimentos más imprescindibles. La situación no mejoró porque tiempo después su padre murió arrollado por un tren. Toda la familia producía. Sus hermanos e incluso ella, que con diez años empezó a servir en una casa. Trabajaba mucho, pero era muy querida.

Con 18 años conoce al que poco después será su marido. Con 19, se queda embarazada. Llegó a tener doce embarazos. El último no llegó a nacer y la dejó

en una camilla con 4 de tensión. Con 34 años había tenido once partos, aunque sólo salieron adelante cuatro hijos, ya que en aquellos tiempos fallecían muchos de meningitis.

En esos años su marido trabajaba en Alemania, como muchos extremeños, que tuvieron que emigrar para encontrar una forma de sustento. Venía cada cierto tiempo a verlos, pero un día dejó de enviar dinero y ya no regresó.

Fue un hecho que marcó su vida, poniendo de nuevo a prueba su valentía y fuerza para sacar adelante a sus cuatro hijos. Recuerda el estrés del trabajo porque tenía que bregar mucho. Se levantaba a las seis de la mañana y volvía muy tarde.

Toda la familia producía. Sus hermanos e incluso ella, que con diez años empezó a servir en una casa.

Mientras, dejaba a los chicos con su madre o su tía. No le importaban nada los sacrificios que tenía que hacer. En esos momentos el instinto de maternidad surge con una fuerza inusitada. Sobre todo cuando son sus vástagos supervivientes. Tiene que sacar energía de donde sea. Ellos son lo que importa.



Tiempo después su madre sufrirá una trombosis y deberá compaginar la jornada laboral con su cuidado.

Emilia no es muy prolija en describir recuerdos. Una pincelada: Le gustaba mucho el cante flamenco y estuvo en el teatro López Ayala viendo a Antonio Molina, su favorito.

La vida coloca a algunas personas en situaciones muy difíciles, y con el paso del tiempo todo se va cubriendo de una densa pátina, que es mejor no elimi-

nar. Sabe, en lo más profundo de ella misma, que el cien por cien del ser hija, esposa y madre se puso por completo al servicio de lo que es una familia. Cuando falla la otra mitad del binomio, el padre, se asume también ese rol masculino y la parte femenina queda oculta, tras la muralla del castillo.

Todo ese esfuerzo ha visto su fruto: Emilia tiene además de sus cuatro estupendos hombres que han formado también familias, doce nietos y siete biznietos. Sus hijos la visitan frecuentemente y siempre la han



Con 34 años había tenido once partos, aunque sólo salieron adelante cuatro hijos, ya que en aquellos tiempos fallecían muchos de meningitis.

tenido y la tendrán como ejemplo a seguir de fortaleza. Aún así no pierde la sonrisa ni el buen humor y aconseja “no casarse joven”.



María Antonia Galán Meléndez

89 años
Montánchez (Cáceres)

“ *A María Antonia Galán Meléndez en la residencia le han hecho un diploma para reconocerle y agradecerle la ayuda que presta a los demás y su disposición permanente a echar una mano a quienes la rodean. Es su carácter, que se ha mantenido positivo a pesar de que en los cimientos de su vida se dieron todas las circunstancias para lo contrario. No lo tuvo fácil para instruirse, pero su perseverancia y gusto por la lectura la han hecho usuaria de las nuevas tecnologías a sus 89 años.*



Entre los valores que le reconocen quienes la tratan figuran el respeto, la gratitud, la generosidad, su esfuerzo por valorar la vida, la paciencia y su afán de aprender. También su resiliencia, que le ha permitido sobreponerse y afrontar de manera positiva los obstáculos.

Cuando se remonta a sus primeros años no duda en proclamar que tuvo una madre y dos hermanos estupendos pero, ay, le da “*lástima*” referir sus recuerdos de su padre, “*porque no deja de ser mi padre, pero para mí, peor imposible, fue un infierno*”.

Remontó la tiranía de su padre –“peor imposible, fue un infierno”- sin que se le agriase el carácter.

Ese infierno tuvo episodios como el de aquel día que fue a la fuente a por agua con tres cántaros, uno en cada cadera y otro en la cabeza. En el camino de vuelta uno se le resbaló y rompió, lo que le produjo un llanto desconsolado y no por el cántaro que eso, como le decía la gente, le podía pasar a cualquiera, sino por lo que le esperaba en casa. O los de aquellos días en los que su padre la llamaba cada mañana para que se levantara de la cama y si no lo hacía a la primera tenía que ir a su habitación, donde él todavía estaba en la cama, y acercarle el cinturón para facilitarle que



la golpeará. Para su padre, cualquier cosa era motivo de castigo o paliza hacia Antonia, como que un vecino que había montado una librería y conocía su gusto por la lectura le regalase un libro.

Seguramente su afición a la lectura desde niña fue una válvula de escape, aunque no estaba bien vista por su progenitor. El consuelo llegaba con los libros que su tío Baldomero y su prima Jacinta le dejaban en cada visita y que ella intentaba dosificar cuando caía la luz del día, arrimada al candil de aceite que colgaba de la ventana de su habitación, entre el ansia de avanzar y el deseo de no agotar la historia. Cuando su padre la pillaba leyendo la castigaba durante horas *“frente a una puerta llena de agujeros donde había una especie de gallinero”*, por la que se colaba un frío de tiritera. El caso es que a su padre también le gustaba leer y hasta el último momento leía los periódicos.

“A mi madre también le dio mala vida”. “Cuando venía la hermana de mi padre a visitarnos, mi padre dejaba a mi madre en casa y se iba al teatro, a cenar o de paseo con ella, como si fueran novios”. “Un día mi madre estaba preparando un cocido cuando me mandó a un recado y al volver mi padre había tirado la cazuela y estaban todos los garbanzos por el suelo.

Tuve que recoger aquel desastre y hacer de nuevo la comida”.

Pensó en pedirle a una prima que vivía en Madrid que le buscara una casa para servir pero la retuvo el estado de su madre, enferma. *“El médico decía que tenía el hígado muy grande, le quitaron un bulto del vientre y cuando le ayudaba hacer sus necesidades se desprendían en la cuña trozos de hígado; se ponía amarilla. Sufrió hasta el final de sus días y yo de verla así”.*

Cuando estaba conociendo al que después fue su marido, *“que no sé ni como pude conocerlo, ya que no me dejaba salir apenas y cuando salía tenía que recogerme temprano”-*, un día, tras la misa, pasó por casa y dejó su *“primer y recién estrenado abrigo blanco”* en la sala donde se encontraba su padre y al recogerlo para volver con sus amigas aquel abrigo, que tanto le costó conseguir, estaba *“sucio, rajado y pisoteado por el suelo”.*

También el día de la pedida de mano es de amargo recuerdo. Habían hecho dulces para los invitados y fue a la tienda a comprar unos obsequios para sus suegros y cuñados. Al volver, todo estaba tirado por el suelo. *“Mi padre había soltado a los perros y estaban por toda la casa comiéndose los dulces y los huevos*

que me habían sobrado estampados por el suelo y las paredes. Me puse a fregar pero fue tal el estropicio que a pocos minutos de mi pedida y de llegar todos los invitados yo aún seguía fregando”.

Fue feliz en su matrimonio con Antonio, con el que tuvo dos hijos, Sara y José Luis, “maravillosos”. Heredaron de ella la afición por la lectura y entre todos formaron una pequeña biblioteca en casa. Con el tiempo,



po, María Antonia ha perdido visión pero su “vicio” por la lectura la ha llevado a adaptarse a las nuevas tecnologías y ahora la practica en un libro electrónico que le regaló su hijo en el que puede ampliar el tamaño de la letra y le ponen las novelas que tanto le gustan. Además, siente admiración cuando ve “a los niños con sus cacharritos y cualquier cosa que duden ahí está”; ella no tuvo un diccionario hasta que sus hijos fueron al colegio, pero cuando estuvo en casa se interesó por él.

Aficionada a la lectura desde pequeña, a sus 89 años la practica en un libro electrónico que le permite agrandar la letra.

En la escuela aprendió “a leer y a escribir bien, con pocas faltas de ortografía, porque nos enseñaban bien eso, y las cuatro reglas”.

Pese a que se casó y vivía en su casa con su marido y sus hijos, iba diariamente a casa de su padre para llevarle la comida, lavarle la ropa, plancharle y lo que necesitase. “Si quería me hablaba y si no, no y muchas veces me ponía verde. Familiares que veían el trato que recibía, no entendían por qué iba”.

En los últimos años de la vida de su padre se turnó con sus dos hermanos en su atención, en sus respectivas casas. Además de a su padre, también tenía a su cuidado, por turno con sus cuñados, a su suegro. *“En mi casa se murió mi padre, a los 86 años, y allí se murió mi suegro... pero eso ya fue el destino”*.

Estuvo con sus tres hijos pero la presionaba con que *“dice la gente que vaya una hija que tengo que me deja irme a casa de sus hermanos”*.

María Antonia se pregunta cómo es posible que no tenga mal carácter y que no esté traumatizada con todo lo que pasó con su padre y agradece que no consiguiese agriarle el carácter.

Se pregunta cómo es posible que no tenga mal carácter y no esté traumatizada con todo lo que pasó con su padre.

Con el tiempo y la edad consideró con su marido el ingreso en la residencia de mayores de su pueblo. Se apuntaron en la lista de espera y cuando les llegó el turno tuvo que convencer a su marido, que aún no lo consideraba necesario. Él tenía 91 años, ella cinco menos, vivían en una casa con escaleras y no querían ser ataduras para sus hijos. Fue una buena decisión pues, al poco

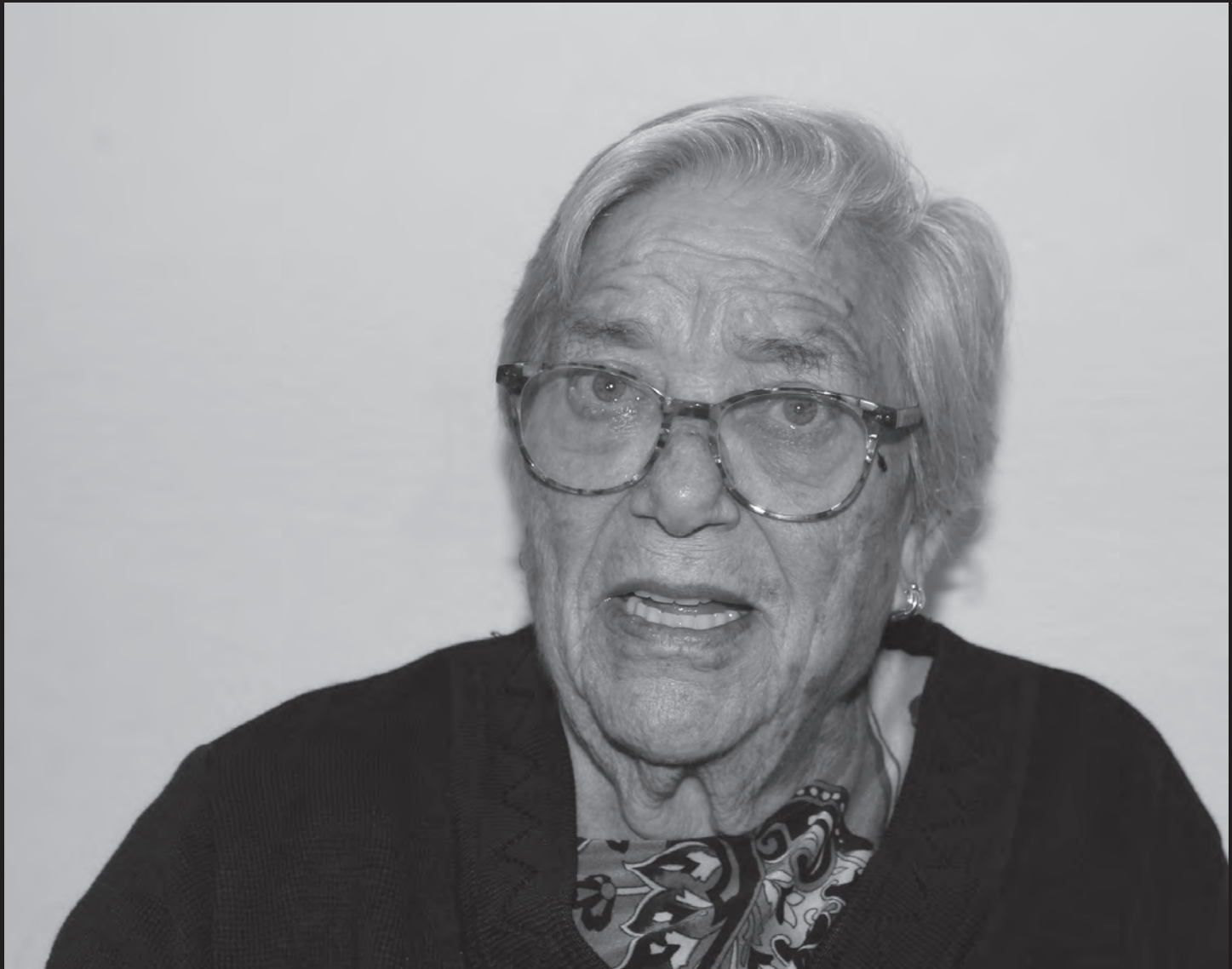


tiempo, a su marido le detectaron un tumor y la enfermedad fue rápida. Agradece los cuidados que le dieron y el apoyo emocional que recibió ella.

Columna Gil Fernández

85 años
Feria (Badajoz)

“ Hay experiencias en la vida que marcan a fuego, como a las reses de las dehesas que ella divisaba desde lo alto de Feria. El pasado surge de repente, sin pedir permiso, y nubla la ilusión por el presente. Las heridas abiertas no cierran, pero el amor de sus dos hijas y su hijo, que van continuamente a verla, es el bálsamo reparador que las cicatriza. Son muy conscientes del ejemplo de fortaleza, valentía y superación de esta recia mujer extremeña de 85 años.





A 65 km de Badajoz, como faro pétreo de 40 m de altura, presidiendo la Tierra de Barros, se alza la torre del homenaje del Castillo de Feria. Mientras la mira-

Columna, anunciando la primavera, vino al mundo un 21 de marzo de 1934 en la familia Gil Fernández en este coqueto pueblo.

da se pierde en la inmensidad de campiñas, montes y llanos, la cascada de blancas casas se desparrama por la ladera del monte en tortuoso equilibrio, concentrándose en torno a la iglesia y al ayuntamiento.

Columna, anunciando la primavera, vino al mundo un 21 de marzo de 1934 en la familia Gil Fernández en este coqueto pueblo en el que no faltan las flores en sus ventanas y balcones. Declarado monumento histórico artístico en 1970.

Su madre acudía, como tantas otras, a por agua a la fuente del Pilar de Zafra. En el verano llenaban los botijos de agua fresca para sobrellevar el calor después de subir y bajar por las empinadas calles empedradas del pueblo.



Los hombres se dedicaban a la agricultura y el ganado y en invierno iban a lomos de un burro a buscar carbón para calentar las casas. Ella aprendería la tradición culinaria que pasa de generación en generación, como las sopas de ajo, los bolos de tortilla con arroz o disfrutaba con las dulces perrunillas, desenfados y aceitaos. Acudían los días festivos a la iglesia de San Bartolomé y rezaban ante la virgen de la Candelaria.

Trabajaba en lo que le iba saliendo. Al final consigue trabajo como responsable de limpieza de una oficina. Fueron años muy duros, porque el sueldo era escaso.

Aunque lo que más deseaban las niñas y niños del pueblo era que llegase la fiesta de la Santa Cruz el día 3 de mayo. Con gran antelación decoraban las

cruces con flores hechas artesanalmente con papeles de colores que se alzaban como auténticas obras de arte, y cada persona, luciendo sus mejores galas, portaba la suya en una procesión que recorría las principales calles del pueblo.

Así fue transcurriendo la vida de esta joven hasta que a los 26 años deja la casa de sus padres para casarse. Como empezó a escasear el trabajo, la pareja se marchó a iniciar nueva vida en Badajoz. Fueron años



muy felices para ella, que disfrutó por tres veces de la maternidad y crió a sus niñas, Dolores e Isabel, que sólo se llevaban dos años, y seis años después vino el chico. Nada podía augurar en ese cálido entorno la desgracia que le sesgó la vida. Un 16 de diciembre su marido salió a trabajar y lo arrolló un camión.

Como empezó a escasear el trabajo, la pareja se marchó a iniciar nueva vida en Badajoz. Fueron años muy felices para ella, que disfrutó por tres veces de la maternidad.

Este suceso dio un vuelco a su existencia. Tiene que sobreponerse al inmenso dolor que le desgarró el corazón, vivir el duelo como puede, pero ha de armarse de valentía, fortaleza y haciendo honor a su nombre, convertirse en la “Columna” familiar y buscar soluciones para sacar adelante a dos niñas adolescentes de 14, 12 años y a un chiquillo de 6.

Trabajaba en lo que le iba saliendo. Al final consigue trabajo como responsable de limpieza de una oficina. Fueron años muy duros, porque el sueldo era escaso.

Menos mal que su familia siempre estuvo presente ayudándola. En momentos de oscuridad, con la red

del apoyo familiar se puede sobrevivir. Ella recuerda como fue “*levantando cabeza*” con el lema grabado a fuego: “*siempre fuerte*”.

Hoy, esta madre, se siente muy orgullosa de unas hijas y un hijo que la adoran, y que cada uno ha salido también adelante en diferentes trabajos en Badajoz. La segunda hija tiene dos chicos y el tercero tiene dos chicas. Los nietos también ya buscando su futuro.

Columna, está en la residencia Puente Real. Se lleva bien con todas sus compañeras, aunque ella es una persona que se ha hecho a sí misma y es parca en palabras.

Eusebia Grados Márquez

88 años

Alcántara (Cáceres)

“ La vida de Eusebia Grados Márquez es en algunos puntos inusual en una mujer de su tiempo. No se interesó por el matrimonio y fue fundadora de una cooperativa de confección en su pueblo, Alcántara (Cáceres), junto a otras dos mujeres, para lo que arriesgaron la propiedad de sus casas. Ha sido una mujer independiente, tanto económica como emocionalmente, lo que ella misma atribuye a que “no tenía más remedio. Se fueron mis hermanos y me quedé sola a vivir con mi madre” a cuyo cuidado se consagró los últimos años de su vida.



Eusebia Grados Márquez nació en 1931 en Alcántara, donde ha vivido toda su vida, tiene 88 años. Su familia estaba formada por sus padres, un hermano con el mantuvo una relación muy estrecha porque tenían personalidades similares, y una hermana melliza, de personalidad muy diferente, que vive en Barcelona y con la que sigue manteniendo contacto telefónico.

Su padre trabajaba en un molino en el que vivieron algunos años. De su infancia recuerda poco, que en la Guerra Civil la escondían en una bodega junto a una amiga cuando los militares pasaban por el pueblo y que jugaban por las tardes, muchachos y muchachas juntos, en la Corredera, una plaza del pueblo que “antes tenía palmeras”.

Fue a la escuela, en la que disfrutaba mucho, pero a los 14 años tuvo que dejarla para trabajar y empezó siendo niñera de los hijos de unos vecinos hasta que se hicieron mayores. Después desempeñó otros trabajos, repartió bombonas de gas, administró recibos de electricidad en una oficina y fue pinche de cocina en una pensión.

Creó, junto a dos amigas, una cooperativa textil, para lo que tuvieron que empeñar sus casas. El proyecto, en el que tuvo responsabilidades, generó muchas oportunidades para las jóvenes del pueblo.

Ante la falta de trabajo que había en el pueblo creó, junto a dos amigas, una cooperativa textil para la confección de prendas que les encargaban desde ciudades grandes, en la que tuvo responsabilidades ejecutivas. Hacían uniformes, pantalones, pijamas, cazadoras, camisones, “de todo”. “Nos traían la tela, lo cortábamos y confeccionábamos y se lo llevaban después”.

Para poner en marcha ese proyecto tuvieron que empeñar sus casas, hasta que generaron recursos que invirtieron en más maquinaria. “Mi casa no era muy buena, porque era pequeñita, pero la de otra chica era una casa grandísima”, apunta. Pudo hacer esa aportación porque cuando sus hermanos se fueron a Barcelona y ella permaneció en el pueblo “me dieron lo que me pertenecía” y se quedó con la casa en la que vivía con su madre.

La cooperativa generó muchas oportunidades económicas y de futuro para las mujeres jóvenes del pueblo. Estuvo en ella durante unos años, hasta que su madre enfermó y dejó el trabajo para cuidarla. Lo hizo con cariño y generosidad durante muchos años pues

se quedó sola con ella cuando falleció su padre a los 52 años y su madre murió con 101 años. Se siente orgullosa porque ella sola fue capaz de ofrecer a su madre una gran calidad de vida durante años y no la dejaba sola nunca, devolviéndole el cariño que le había dado toda la vida.

Le dio mucha pena que muriera, aunque estaba mal y tenía llagas en la espalda del tiempo que llevaba en la cama. Hubo quien, apiadándose, le decía *“que Dios la reclame”*. *“A mí eso no me lo digáis porque cuando Dios quiera que se la lleve pero mientras está conmigo”*, respon-

día. Todavía se está *“acordando siempre de ella”*.

Ha disfrutado mucho con el teatro, el baile y las fiestas locales. También de las actividades religiosas y durante un tiempo formó parte del coro de la iglesia.

Desde joven disfrutó de actividades lúdicas como el teatro, el baile y las fiestas

de Alcántara, como la romería de la Virgen de Los Hitos, y participó en actividades religiosas.

“El teatro me encanta”, confiesa y relata que cuando llegaban las fiestas, en agosto, y con ellas las funciones teatrales al pueblo no se perdía ninguna re-





presentación. Su cuñado se encargaba de comprar las entradas en cuanto era posible. También ha disfrutado mucho del baile, que de joven frecuentaba los domingos con una amiga, con la que apuraba la sesión hasta el final. Bailaban entre las chicas, pero también con los chicos.

Le gusta su pueblo, sigue encontrándolo muy bonito aunque cree que antes lo era más y, además, tenía más gente. Y del pueblo, lo que más le gusta es su casa, aunque ya está escasa de vecindario. *“Soy muy recogidilla, me gusta salir poco”*. Además, ha sido una gran aficionada al punto con dos agujas.

Eusebia es creyente y practicante. Le gusta ir a la iglesia aunque desde que su madre enfermó no ha ido tanto como le hubiese gustado. Antes sí, incluso formó parte del coro. *“Disfrutaba mucho con aquello. Iba a misa y al rosario, que ahora ya no se va”*.

Estuvo ennoviada con un chico, era músico, pero no duró porque a ella no le hacía mucha gracia; a sus padres sí. Desde entonces, *“nada”* en ese ámbito, no tuvo *“esa ilusión de novios ni de nada”*. *“Me gustó uno y mis padres no estaban conformes pues fuera, ni ese ni otro, ninguno. Desde entonces estoy yo solterita y sin compromiso”*, apunta en otro momento.

Considera que ha sido una mujer *“muy independiente”* pero rechaza la idea de que su independencia se deba a que ha sido una mujer moderna sino que la atribuye a las circunstancias. *“No he tenido más remedio, mis hermanos se fueron a Barcelona, yo me quedé con mi madre y tuve que ser independiente a la fuerza. Tenía un primo, Justo, que era como un hermano y mi brazo derecho, me ayudaba mucho, pero murió también y me quedé solita”*.

A la muerte de su madre le siguió el temprano fallecimiento de su hermano, al que le tenía mucho aprecio, que la llevó a una depresión, dejó de comer y cuidarse hasta que la ingresaron en el hospital durante unos días y desde allí fue directamente a la Residencia de Mayores San Pedro de Alcántara.

Tomó la decisión de ingresarla allí una amiga del pueblo que había estado llevándole comida y cuidándola. Se adaptó bien a la residencia, donde está cómoda, no se siente sola y sí cuidada, aunque solo necesita una mínima asistencia para las actividades diarias. Allí juega a los bolos y al bingo y va al gimnasio. *“Pasamos unos ratillos buenos”*, reconoce, y dice llevarse bien con terapeutas y residentes. *“Yo me llevo bien con todo el mundo, aunque conmigo no se lleven algunas...”*

Aurelia Merchán Rodríguez

87 años
Llerena (Badajoz)

“ *Esta mujer, pese a su edad, rebosa energía, tiene un sentido del humor contagioso, pero, sobre todo, un corazón tan grande que desborda su menudo cuerpo irradiando generosidad por donde pasa. Ha sabido descubrir la esencia de cualquier ser humano, sin importar su aspecto o condición. Posee además fuerza vital, positivismo, voluntad firme y entusiasta actividad.*

Como la pequeña abeja, Aurelia es un ejemplo imprescindible en nuestra sociedad. Ante ella, admiración y gratitud van unidas.



Llaman la atención, las majestuosas águilas que sobrevuelan las sierras extremeñas. Sin embargo la pequeña abeja, polinizadora por excelencia, se ha convertido en el ser más importante para nuestro futuro en el planeta. La Naturaleza muestra que en la diversidad de aspecto, tamaño, función, se encierra su riqueza.

Aurelia, nació un otoñal 20 de noviembre de 1932 en Llerena. Blanca, bella y de estrechas calles, se ubica en la campiña sur pacense, al Sureste de Extremadura.

La infancia, esa etapa de inocencia ante el futuro, en la que sólo existe el momento presente del juego, de las risas, le fue arrebatada a toda una generación que se vio envuelta en la fratricida guerra civil en la

Aurelia no pudo ir a la escuela, ni saltar a la comba en la plaza, porque desde muy niña tuvo que ayudar en el campo.

que tuvieron que madurar de repente, envueltos en miedo, hambre, penurias mil, bombas, muerte.

Aurelia no pudo ir a la escuela, ni saltar a la comba en la plaza, porque desde muy niña tuvo que ayudar



en el campo. Le tocó recoger aceitunas, algarrobas, limpiar el trigo o la cebada, trillar con los burros o con el trillo. Su padre era jornalero. Su madre también trabajaba fuera de casa. En los meses en los que llovía mucho no tenían para comer, vivían de las reservas guardadas. Aunque no pasó hambre, si que careció de muchas, muchas cosas.

De la guerra recuerda que en una casa muy grande al lado de donde vivían, instalaron un cuartel. Había soldados españoles y moros. Hubo momentos en los



que las balas silbaban por el aire junto a su hogar. Cavaron trincheras en el pueblo y ellos que ignoraban su función se dedicaban a jugar en ellas.

Sólo tuvo un novio con el que se casó. Un muchacho que trabajaba como ella en la casa señorial de Antonio Zambrano. Conocida popularmente como “*La casa de Doña Mariana*”. Aurelia sirvió en esta casa sin recibir remuneración, a cambio de casa, luz y agua. Contrajo matrimonio allí y también nacerían en ella sus hijos.

Cuando ya se fue a su vivienda particular mantuvo la relación con la familia Zambrano Jaraquemada tanto es así que cada vez que venían le avisaban para que les atendiera sirviéndoles la comida. Una Semana Santa se juntaron más de veinte personas. Ella tenía que comprar, cocinar, y los hijos de esta señora eran fuertes y altos, y ella era un “repión” entre ellos. No sabe ni cómo llegaba a todo.

No ha percibido dinero nunca por los trabajos realizados pero no ha parado. Su madre murió cuando se acababa de casar y ella tuvo que sacar adelante a sus seis hijos. El último, con síndrome de Down, lo tuvo a los 44 años. Sola, porque su marido, como los hombres de esa época, trabajaba fuera y la que

Representó a Plena Inclusión Llerena, como socia fundadora, en el homenaje que Plena Inclusión Extremadura.

se ocupaba íntegramente de todas las labores de la casa, de la crianza de los hijos, perdiendo noches, madrugando, era la madre.

Su lema es: “Lo que tengo, lo doy”. Quizás porque desde niña vivió la escasez material ha sabido mostrar

empatía y compasión con toda persona muy necesi-

tada, enfrentándose a las desigualdades sociales.

Ha asistido, cuidado, dado de comer, limpiado sus casas, a quienes sufrían calamidades. Ha removido autoridades locales, judiciales y eclesiásticas, sin acomplejarse ni replegarse por no tener estudios, hasta conseguir una atención digna a quien carecía de ella.

Ha regalado comida, enseres y mobiliario del hogar a toda persona que lo ha necesitado, sin excluir a na-



die, a muchos de ellos sin ser familiares. Ha ayudado en los partos en los que se le ha necesitado y ha preparado a las personas fallecidas de su entorno. Y todo ello ejerciendo de madre de una numerosa familia todos varones.

Aurelia sabe leer y escribir y no ha recibido clase alguna por ello. Lo ha logrado a base de constancia, voluntad y amor propio. Sin haber estudiado nada asegura poder presentarse donde esté la que más sabe.

Aunque su hijo Aurelio iba a la escuela, siempre rodeado un montón de niños y niñas de la vecindad, su madre quiso formar parte de la asociación que se creó para ayudar a personas con discapacidad intelectual a integrarse en la sociedad, participando muy activamente desde los comienzos.

Ella representó a *Plena Inclusión Llerena*, como socia fundadora, en el homenaje que *Plena Inclusión Extremadura* (la organización que representa en Extremadura a las personas con discapacidad intelectual o del desarrollo desde 1978) ofreció a los representantes

históricos de cada una de sus entidades con motivo de la celebración de su cuadragésimo aniversario.

Aurelia también fue quien descubrió la placa conmemorativa en la inauguración de la Hospedería “Mirador de Llerena”.

Los herederos de Antonio Zambrano, propietarios de este palaciego edificio, antes de venderlo a la Junta de Extremadura en 2006, aseguraron

que ella había sido el alma de esta casa y quien la había mantenido en pie.

Para ella estar activa es una necesidad vital. Viuda desde los 65 años, a sus 87 va a gimnasia, a los talleres para ejercitar la memoria, a cuántas actividades se organizan para el colectivo de mayores y al Hogar del Pensionista para disfrutar de su programación.

Carmen Moya Pizarro

74 años

Puebla del Maestre (Badajoz)

“ *Carmen ha vuelto a recuperar la ilusión por exprimir los buenos momentos que nos trae el día a día, su sonrisa franca refleja esa bondad que le impulsa a ayudar a toda persona que le rodea. Es una mujer sociable, participativa, que ha dejado atrás largos viajes de libertad soñada demostrando que una mujer sola, si quiere, puede. Nos ha enseñado que aceptar tanto las limitaciones como las lecciones aprendidas durante esta travesía que es la vida, otorga sabiduría y por ello se ha ganado un merecido descanso en un sosegado puerto que le proporciona paz a su mente y el sabor del cariño a su corazón.*





Un 23 de diciembre de 1945, en plena postguerra española, llegaba la cuarta hija del matrimonio Moya Pizarro, en Puebla de Maestre, en el extremo meridional de la Campiña Sur, limitando con Sevilla. En un paisaje sembrado de encinas y olivares, en el que el aroma del tomillo y el romero cautiva los sentidos.

Su padre se dedicaba a lo que podía, recogiendo aceitunas, cuidando animales...

Era muy duro mantener a una familia numerosa en esos años en los que escaseaban los principales alimentos y las cartillas de racionamiento no cubrían las necesidades básicas. Los niños pasaban largas horas guardando turno en las largas colas que se formaban. Se pasaba mucha hambre. La mujer en casa debía ingeniárselas cosiendo, zurciendo ropa para que pasase de un hijo a otro. Y todo se agrava cuando muere su padre por problemas de corazón. Ella tenía 14 años.

A los 22 años decide alejarse de un lugar en el que no hay futuro, y esperanzada labrarse el suyo.

A los 22 años decide alejarse de un lugar en el que no hay futuro, y esperanzada labrarse el suyo. Viaja a Santa Coloma de Gramenet porque se casaba un primo y allí se hospeda en casa de sus familiares. A los

pocos días madruga y coge un autobús a Barcelona. Va a las Ramblas y pregunta en el quiosco de flores y libros, si saben dónde puede trabajar limpiando. Le dicen que vaya al Hospital de Nuestra Señora de la Esperanza. Allí permaneció 9 meses, pero su espíritu inquieto le incitaba a ir más lejos. Conoce a una chica



que se iba a Alemania y pregunta qué hace falta. Le contesta que un contrato de trabajo, el pasaporte y la fe de vida que tiene que pedir en su pueblo natal. Por carta se la solicita a su madre, sin contarle sus intenciones.

Comenzó a trabajar en una fábrica metalúrgica, en la que se contaba las piezas por minuto, y le dieron el apodo de la “masina”. Al tiempo, a través de una especie de agencia que proporcionaba contratos en el extranjero le expiden uno como camarera de pisos y limpieza en un hotel, llamado Hotel Europa.

Terminado su contrato cambió de país y fue a Holanda a la ciudad de Amsterdam. A través del consulado español consiguió trabajo de limpieza en un centro de personas con discapacidad intelectual

Pernoctaba en una especie de residencia con chicas españolas de diferentes provincias, con las que tuvo una buena amistad. Durante su estancia en Alemania, también conoció a muchos chicos españoles que trabajaban allí, pero ninguno le interesaba por completo, por lo que no tuvo una relación de pareja.

Terminado su contrato cambió de país y fue a Holanda a la ciudad de Amsterdam. A través del consulado español consiguió trabajo de limpieza en un centro de personas con discapacidad intelectual, del que guarda muy buenos recuerdos.

Tuvo un fuerte episodio depresivo y llamó a su hermana Paca, que la trajo de regreso a su pueblo. Se pasaba el día acostada sin ganas de nada.

Luego trabajó simultáneamente en un hospital y en un hotel. Se alojaba en un apartamento, ya que el ayuntamiento proporcionaba ayudas para jóvenes inmigrantes tanto para trabajo como para vivienda. Allí tuvo un fuerte episodio depresivo y llamó a su hermana Paca, que la trajo de regreso a su pueblo. Se pasaba el día acostada sin ganas de nada. Su padre le decía: “Ven, que sale la Pantoja y Rocío Durcal en televisión”. Pero ella seguía sumida en el negro pozo de la tristeza.

Su hermana Paca, estaba muy preocupada por el estado de salud de Carmen. ¿Dónde estaba aquella mujer decidida, aventurera e independiente? Ahora era una persona apática, sumida en la tristeza. Deci-



dió llevarla a un buen psiquiatra en Sevilla para que la tratara. Carmen se quedó en el apartamento que tenía en dicha ciudad. Le hicieron muchas pruebas para ver si tenía algún deterioro cognitivo, pero lo que presentaba era un trastorno mental con episodios depresivos y psicóticos que ella describe como nerviosismo, ansiedad y no tener ganas de hacer nada.

Sin embargo, Carmen no se derrumbó, siguió fielmente el tratamiento y fue recuperándose. Gracias a su espíritu de superación, que nunca le ha abandonado, se estabilizó y regresó a su pueblo.

Además de su familia, cuando ésta ha ido faltando, Carmen tiene en el matrimonio formado por Rafa y Antonia a los mejores sustitutos, que siempre velan por ella y a los que adora.

Hace pocos años, la invitaron a una boda y de nuevo tuvo un episodio de recaída que evidenció la conveniencia del ingreso en una residencia de mayores donde pudiera recuperarse, conocer residentes y así mejorar su estado de ánimo.

Había una en su pueblo, pero con muy poca gente y le parecía muy aburrida. Estuvieron buscando las mejores y ahora se encuentra en la residencia COMSER en Almendralejo. Es una localidad situada a 93 km de Puebla de Maestre. Se ha integrado a la perfección con sus compañeras y compañeros. Se desvive por ayudar con buen humor, buena participación en terapias de rehabilitación y estimulación cognitiva.

Hace poco sufrió una caída que le provocó una rotura de cadera. Ni siquiera el hecho de verse en una silla de ruedas le impidió trabajar horas y horas para recuperarse y ahora puede pasear ya sin ella y disfrutar de las frecuentes visitas que le hacen sus entrañables amigos, que la colman de cariño, y la mantienen al día de lo que sucede en el pueblo.

Carmen no se derrumbó, siguió fielmente el tratamiento y fue recuperándose. Gracias a su espíritu de superación, que nunca le ha abandonado, se estabilizó y regresó a su pueblo.

Juliana Muga Herrera

84 años

Herrera del Duque (Badajoz)

“ Si hay mujer empoderada, es ella y es un gran ejemplo a seguir no importa a qué generación se pertenezca.

Hay que pronunciar un ¡GRACIAS! Juliana por esa coherencia, esa fortaleza, ese positivismo, esa defensa de la libertad interior, esa generosidad, sin perder el brillo de su mirada ilusionada en el futuro y esa sonrisa jovial a sus casi 84 años.



La luz del sol se filtraba por los cristales de la modesta vivienda de los Muga Herrera. Él, se paseaba nerviosamente y tras el grito de su mujer por fin se oyó el llanto fuerte y vigoroso de su segundo hijo. La partera salió y le hizo pasar para ver a su niña. Juliana se iba a llamar y nada presagiaba aún lo poco que iba a poder disfrutar de ella.

Su madre, que tiene 3 hijos tendrá que sacarlos adelante ella sola con la pequeña tiendita de comestibles.

Era un 20 de diciembre de 1935. España estaba gobernada por la Segunda República y corrían tiempos difíciles en los campos extremeños. En julio de 1936

estalla la guerra civil y a la vuelta, el padre de Juliana, que era concejal del ayuntamiento de su pueblo, Herrera del Duque, es encarcelado y finalmente fusilado.

Comienza una infancia triste y muy dura para nuestra protagonista y su familia. Su madre, que tiene 3 hijos tendrá que sacarlos adelante ella sola con la pequeña tiendita de comestibles. Iba a Talavera a comprar. Es la época de las largas colas con las cartillas de racionamiento para conseguir alimentos básicos y también del extraperlo.

Juliana recuerda que empezó a ir a la escuela con 6



años y de ahí a casa a ayudar a su madre fue prácticamente su vida hasta los 14 años que era cuando se acababan los estudios. Excelente alumna, se quedó un año más ayudando a la maestra a corregir tareas de los más pequeños. Ésta llamó a su madre y le dijo que si quería que su hija estudiase Magisterio, porque la veía muy capacitada y además a la chica



le gustaba. Accedió de buen grado, pero la familia de su padre se abstuvo de ayudarles y no había dinero.

Juliana ya estaba aburrida de estudiar todo el año los libros que le había prestado su maestra, y con un

Con 16 años aprendió a coser junto con otras 7 chicas con el sastre del pueblo empezando a trabajar en la sastrería.

gran dolor y desilusión tuvo que renunciar a su sueño. Así que con 16 años aprendió a coser junto con otras 7 chicas con el sastre del pueblo empezando a trabajar en la sastrería. Al año siguiente él enviudó y quedó con un recién nacido a su cargo, y Juliana se sintió Julieta y con 17 años se casó con él.

A los 10 meses nació su primera hija, así que tenía que ocuparse de dos bebés. Una chiquilla tan joven convertida en madre y además ayudando a su marido en el negocio.

Con los años vinieron al mundo 4 hijos más, así que Juliana acabó criando a 6 hijos, porque siempre el de su marido ha sido como uno más en su amoroso corazón materno.

Leopoldo le llevaba 11 años y resultó ser un hombre autoritario, de mucho carácter, dominante y sobre todo muy posesivo. A una esposa tan joven no la dejaba ir sola a ningún sitio, aunque como bien dice ella, no tenía tiempo para salir, al ocuparse de una familia numerosa y del negocio, siendo la única mujer que trabajaba en el pueblo, ya que las demás, como ocurría en la época, se dedicaban a sus labores.



La mujer no tenía otro papel que el de procreadora y fiel esposa. Para los hombres, los hijos no contaban. Ellos sólo trabajaban.

Lo mismo ocurría con las hijas cuando crecieron no podían volver de noche, no tenían ni voz ni voto, no se podía hablar con él porque no evolucionó en nada. Su mujer le decía: *“Tú vas río arriba en lugar de río abajo”*.

Aunque Juliana, con una sonrisa y una mirada un poco pilla que se escapa de esos ojos verdes que nunca perdieron la esperanza, narra cómo se *“llevaba al marido a su terreno”* y le sabía dar la vuelta para acabar haciendo lo que ella quería, siempre, claro en defensa de los intereses de la familia. Cuando la hija que ahora es enfermera, acabó COU su padre consideró la idea de que se quedara con ellos en la sastrería cosiendo, y fue su madre la que se empeñó en que saliese a estudiar una carrera. Todos los hijos han estado con ella como una piña y también cuando enviudó su madre se la llevó a vivir con ella.”

Cuando los hijos empezaron a ganar dinero tras acabar sus carreras el padre quería que entregaran el dinero sobrante ya que como decía: *“En casa no hay más cartilla que la mía”*. Juliana los apoyó para que se quedaran con sus sueldos y cada cual cubriese sus

necesidades y ahorrarse para sí mismo. Dice que le han salido unos hijos muy responsables y que se han situado bien, que la vida le ha premiado en exceso.

El espíritu independiente que ha latido siempre en esta mujer valiente y decidida le llevó a participar en la asociación de consumidores que había en el pueblo y que se dedica a favorecer a las personas necesi-

Participó en política, siendo de diferente partido al de su marido, como segunda concejala del ayuntamiento.

tasadas. Y cuenta orgullosa como en una ocasión les daban una subvención de 400.000 pesetas si realizaban un elevado número de suscripciones, y que tanto la presidenta, como el chico secretario y ella que era la

tesorera hicieron socios hasta el gato. Y con ese dinero compraron una fotocopidora, que al no tener una sede, durante todo un año la tuvo ella en su casa.

A su marido le parecía fatal esa dedicación. Y cuenta, riendo, cómo se ponía “*enfermito*” cuando iban por la calle y alguien le decía cómo se podía haber casado con ese hombre. Ella llevaba una vida entregada a él por sus hijos. Su casa funcionaba y no intentó la separación porque era muy traumático socialmente y porque tenía que ser así. En su condición de mujer

española en la época franquista, se resignaba a la sumisión marital.

Siguió colaborando en diversas actividades del pueblo. En la coral, durante dos periodos de 4 años estuvo en la directiva de la ermita de la Consolación. Cuando asistía a las reuniones con el cura, sonaba el teléfono y ya se sabía que era Leopoldo. Siempre esperándola en la puerta a la salida.

E incluso participó en política, siendo de diferente partido al de su marido, como segunda concejala del ayuntamiento llegando incluso a ser alcaldesa en funciones temporalmente por un accidente del alcalde.

Desgraciadamente, al morir su marido es cuando empieza a ser ELLA. A sentirse libre y a vivir.

Preside la asociación de mayores. Con ese arrojo que la caracteriza cuando entró era la única mujer entre 70 hombres. Ahora son 260 y predominan las mujeres. Entre sus funciones destaca la ayuda al ayuntamiento en todo lo que necesiten, en mantener activa la vida de los mayores en el pueblo haciendo excursiones, yendo a balnearios, viajes al extranjero a través de la UE, a Italia o el realizado a Malta aprendiendo inglés, cursos de formación, recientemente uno sobre empoderamiento de la mujer...

Ana Ponce Macías

81 años

Villafranca de Los Barros (Badajoz)

“ *Se nos olvida agradecer el anonimato silencioso de estas madres entregadas, que sacrificaron su tiempo, su salud, sus gustos, fueron los cimientos familiares y criaron a una nueva generación. La que recoge el testigo del cambio, de la liberación, de la igualdad de derechos y oportunidades.*

A veces lo simple nos parece anodino. Sin embargo la sencillez de Ana, su naturalidad, el amor por su familia, esa vida sobria, simplemente la hace grande, ¡muy grande! Sólo personas sabias sabrán descubrir ahí lo extraordinario.





Hacía frío, mucho frío. Faltaban sólo diez días para la Navidad de 1938. Corrían tiempos muy difíciles en aquella España envuelta en la guerra civil.

En Villafranca de los Barros, un joven padre miraba a su esposa y sostenía en brazos a su quinta hija con una mezcla opuesta de emociones, entre la alegría desbordante y la preocupación por ser otra boca más para alimentar. Decidieron llamarla Ana.

Cuando tenía ocho años su madre falleció al tener a su noveno vástago. Quedaron sumidos en tal tristeza, que la abuela se trasladó para ayudar a criarlos.

A los dos años de enviudar, Manuel contrajo segundas nupcias con su cuñada María, la mujer de su hermano, que también había enviudado prematuramente. Ella tenía que trabajar para sacar adelante a sus cuatro hijos que andaban repartidos en casa de sus diferentes hermanos. Así que entre ambos formaron una nueva familia con una docena de criaturas.

Al año y medio, la nueva pareja tuvo una niña que nació con muchos problemas. Los médicos no le auguraban más que unos pocos años de vida. Falleció a los 23.

Ana recuerda a su madrastra como una mujer dulce y cariñosa, que se desvivió por todos ellos como si ella misma los hubiese traído a este mundo.

Creció feliz rodeada de hermanos, hermanas, primos, primas, en una finca conocida como “*Los Perdigo-nes*”, cerca de su pueblo natal donde su padre se había trasladado tras morir su madre. Recuerda el respeto que todos sus hermanos le tenían a su padre, y nadie empezaba a comer hasta que no llegaba el cabeza de familia.

El tiempo fue pasando y conoció al compañero con el que todavía comparte sus andanzas en esta vida. Se casó a los 20 años y se trasladó a vivir con su marido a Guareña. Pero el destino es muy caprichoso. Como les ocurrió a tantas familias españolas de postguerra, las necesidades eran muchas y el dinero escaso, por lo que su marido tuvo que emigrar primero a Valencia, después a Suiza para ganar el sustento. Tan sólo lo veían en Navidad, pero eso sí, entre visita y visita fue aumentando la prole.

La vida era dura para las mujeres en aquella época en la que no existían las comodidades ni los electrodomésticos actuales. Incluso el agua había que ir a buscarla a la fuente... Había que coser, zurcir y remen-

dar la ropa que iba pasando de un hermano a otro conforme crecían. Los suelos se fregaban a mano, preparar la comida llevaba muchas horas para tanta boca que alimentar... La mujer vivía para la casa, su marido y sus hijos.



Creció feliz rodeada de hermanos, hermanas, primos, primas, en una finca conocida como “Los Perdigo-nes”.

Y además de todo ello, tener al marido en otro país debiendo ejercer de padre y madre hizo de Ana una mujer fuerte como una roca, nutriendo día a día la esperanza sin decaer, a veces con lágrimas silenciosas

que nunca vieron sus hijas. Las noches se tornaban más negras y frías aún.

Hasta que un día, el sol ardiente prendió en su magullado corazón. Por fin volvía para quedarse, tras diez largos años.

Tener al marido en otro país debiendo ejercer de padre y madre hizo de Ana una mujer fuerte como una roca.

Se trasladaron a vivir a Torre-fresneda, un pequeño poblado de colonización que acababa de formarse gracias al Plan Badajoz. Una casa, una parcela, una yunta de mulos

y simiente para un año. Juntos podían con todo. Nuevas ilusiones se abrían paso aquel 1971, con seis hijos y un futuro por descubrir. Llegarían luego otros tres, fruto de una vida de cariño y convivencia.

El marido se pasaba el día en el campo. Ella no podía ir porque bastante tenía con cuidar de la cuadrilla en casa. Sí que acudía a veces a llevarles la merienda.

Esta vez le tocó a ella recibir cuidados. Con 35 años tuvo quistes hidatídicos, tuvieron que operarla y estuvo cuatro meses ingresada en el hospital de Sevilla. Todo fue bien, de nuevo mostró su fortaleza. A los 40 volvería a quedarse embarazada de su último hijo.

La vida cotidiana se sucedía sin contratiempos. Fueron pasando los años, los hijos se casaron y Ana recuerda las fechas de esas bodas como los momentos más felices, así como el nacimiento de sus 16 nietos, que abarcan una franja de edad desde los 40 años el mayor a 10 el pequeño. Tiene incluso 9 biznietos.

Algunos hijos viven lejos. Uno en Barcelona, el soltero de la familia, otro en Mallorca que tiene dos hijos...

Y como es ley de vida han desaparecido ya, su padre y su tía, sus hermanos... Todavía le queda una hermana en Guareña.

Además de sus obligaciones familiares ha sabido también disfrutar de las fiestas del pueblo, como las de la Virgen de Fátima que se celebran el 13 de octubre, o las de San Isidro, el patrón. La Navidad ahora la festeja más la gente joven que hace botellón. Ella divertida dice que con la gran familia que son, cuando se juntan ellos solos ya lo tienen asegurado. Lo que más le ha gustado siempre es bailar. Y los domingos al cine, cuando los niños y las niñas ya crecieron.

En la actualidad como la familia es tan extensa, en Navidad se reúnen en casa de una hija y en Nochevieja en casa de la otra, que tienen unas naves grandes.

Hace cinco años volvió a estar ingresada bastante tiempo por un trombo en la pierna entre otras cosas y

Hace cinco años volvió a estar ingresada bastante tiempo por un trombo en la pierna entre otras cosas y perdió mucha memoria.

perdió mucha memoria. Ya la ha recuperado. En esos meses leyó nueve libros, que es algo que también le gusta mucho, como ojear la revista “Pronto”. En cambio no le interesan los programas del corazón de la televisión. Sí que sigue un par de novelas. Su marido es el que la enchufa antes de comer para seguir las noticias.

Le apasionan también las labores, y le encanta fregar la loza. No ha querido tener lavavajillas. Cocinar también, 14 platos diferentes que son los que siempre elaboraba en Navidad: Carne en salsa, escabeche, albóndigas, croquetas, huevos rellenos, patatas rellenas, chuletas y filetes asados y guisados, espárragos rellenos, etc. Ahora aunque se ocupen las hijas ella aún guisa algunos platos.

Dentro de un par de años se casa otro de sus nietos, y ella ya está pensando en ponerse audífonos y arreglarse la dentadura para estar toda guapa, y con gran naturalidad añade: “eso si me da tiempo, si no me muero antes”.

Ana no cree que su vida sirva para escribir un libro. Es lo que le tocó vivir, como a tantas otras mujeres de su época, a las que se les recluyó en sus casas, sin darles más opciones en una sociedad en la que primero las dominaban los padres y luego los maridos.



Modesta Raimínguez Rodríguez

95 años
Táliga (Badajoz)

“ *Se escucha el sonido del afilador, llegan las furgonetas y transforman las calles en un mercado andante, los chicos en el campo de fútbol, en el bar los hombres con la partida y Modesta, pasea bajo el cielo azul toda de negro en acusado contraste con las blancas casas que van atravesando, como reflejo de su propia vida de emociones opuestas desde la inocente alegría, la tranquilidad, hasta la separación y el vacío doloroso, que sin embargo no han borrado su risa franca, su mirada jovial, esa paz y serenidad que produce la aceptación de la propia existencia. Es muy querida en Táliga, es un tesoro oculto, que hoy ha salido a la luz.*



95 años escondidos de forma increíble en una mujer menuda, de cabello blanco, dulce sonrisa y mirar sereno.

Desde muy pequeñas salió de la escuela y a los 11 años le tocó ayudar a su padre José en el bar.

Modesta nació un caluroso 11 de agosto de 1924 en Táliga, localidad que formó parte de Portugal durante cinco siglos y pasó a ser española en 1801. De ahí su caracter

terística arquitectura alentejana con casas bajas de imponentes chimeneas, fachadas encaladas y coloridos rodapiés en ocre y azul.

Fue la mayor de 4 hermanas. Por ello desde muy pequeña salió de la escuela y a los 11 años le tocó ayudar a su padre José en el bar. Era la que iba a buscar agua a la fuente a lomos de un burro y se tenía que subir a la pila para poner los cántaros porque no llegaba. En una ocasión el burro la empujó con el hocico tirándola dentro; Un vecino tuvo que ayudarla, le dejó su chaqueta y la mandó para casa.

Su abuela Modesta, de ahí su nombre, le enseñó a bordar. En una ocasión le dio una tela de cortina muy gruesa que con sus manitas no lograba abarcar y la puso al pie del pozo a coser. Estaba tan cansada y aburrida que tiró hilo, dedal y aguja dentro pensando





que así se libraría de ese suplicio, pero su “maestra” no se inmutó y mandó salir a comprar de nuevo los utensilios. Luego ya de mayor bordaba mucho. Sobre todo, el ajuar para las que se iban a casar.

La taberna se llenaba los días de fiesta, porque además la sede del partido socialista estaba justo encima y bajaban los jóvenes tras las reuniones.

Fueron unos años desahogados, y cuando llegaba la feria de Badajoz, José cerraba el bar y dejaba a las niñas con su abuela y se iba con María los tres días que duraba.

Ocurrió un enfrentamiento de su padre con un vecino del pueblo que era de ideología política contraria y llegado el momento hizo que José lo pagara muy caro.

Al estallar la guerra, cuando entraron las fuerzas nacionales en el pueblo fueron a por su padre, pero se había enterado de que venían y por la mañana temprano cogió la bicicleta y se fue a Toril porque su tío era el guarda. De allí pasó a Madrid. Luego Estuvo preso en Olivenza, en Badajoz, y más tarde lo trasladaron a los Pirineos.

Ellas se quedaron solas con su madre, María. Un ve-

cino de siempre que era juez las acogió en su casa mientras las fuerzas nacionales arrasaban el bar. Los braseros, los bidones de carburo, los cajones de azúcar... Detrás del mostrador más de un metro de cristales hechos añicos, Todo roto y destrozado. Y su casa desvalijada.

Modesta llevaba con su novio 14 años, pero no se casó con él hasta los 29, por falta de dinero, ya que el chico tenía que mantener a su madre...

Vino la época dura a sus vidas, porque su madre tenía que buscar recursos para todas sus hijas y montó una tiendita muy chiquitina. Al vivir enfrente de la Calle Grande, que era donde vivían las personas ricas del pueblo, donde se hacían buenas matanzas, las mujeres, a escondidas de sus maridos le pasaban algo de comida, a cambio de artículos de la tienda, que ella enviaba a José, porque éste le mandaba cartas a través de una persona del pueblo, en las que le decía que se parecía al señor “Charingas” (porque era muy delgado). En otra le escribía que iba a hacer compañía a los que estaban al lado del cementerio...

Por fin pudo regresar al pueblo. El propietario del lo-

cal del bar que había regentado le ofreció un alquiler con derecho a compra. Fue al cuartel y se lo preguntó al sargento, pero éste le dijo que tenía buenas manos para trabajar. Pero nadie le daba trabajo por su ideología política. Su padre se agarraba a lo que hiciera falta. Iba a los olivares y recogía ramas peladas para hacer cestas, que entonces se usaban para la ropa.

No quería que sus hijas trabajasen en el campo, ni recogiendo aceitunas, ni garbanzos, ni bellotas. Como a Modesta le gustaba coser, si que le pareció bien que siguiera haciéndolo por las casas, y el dinero que ganaba lo repartía con su segunda hermana, que se quedaba en casa para ayudar a su madre con las otras dos, (la pequeñas era casi 20 años más joven) y ambas lo guardaban para el ajuar.

Cuando ya dejaron a su padre trabajar, cuidó cerdos, y al final pudo ir de guarda a un cortijo.

Modesta llevaba con su novio 14 años, pero no se casó con él hasta los 29, por falta de dinero, ya que el chico tenía que mantener a su madre y a su tío soltero. La anécdota del día de la boda es que el novio se quedó dormido y llegó tarde.

Trabajaba de guarda en una finca y tuvieron dos hi-

jos, Máximo, José y una hija, Concepción. Les dieron muchas alegrías, pero también el peor momento de sus vidas: Su hija se quedó embarazada con sólo 14 años de un chico que le llevaba tres. Tanto ella como su marido no hacían más que llorar cuando veían a su hija jugando en el llano, tan niña! Los dos hermanos le decían a su madre que paciencia. Lo pasado, pasado. Y cuidaban de su hermana.

En la boda no hubo casi nadie y se casó con un traje-cito normal. Una gran frustración para la mentalidad de su madre, dada la época.

El parto le pilló a Modesta en Badajoz cuidando a su padre en el hospital. La vecina de toda la vida, Manola, fue la que se encargó de llevarla en taxi a Badajoz, ya que la niña venía de nalgas.

Otra gran tristeza fue la muerte de hijo Máximo, con sólo 35 años, de un cáncer. Después fue su padre y a continuación su marido. Su madre vivió más, a los 85 años se la llevó al campo y se quedó sentada en una silla. Ha perdido también a todas sus hermanas. Si que disfruta de sus tres nietas y un nieto. Aunque los tiene lejos, tiene la inmensa suerte de vivir con su nieta Conchi, precisamente la hija de Concepción y con su biznieta.



Josefa Reyes Amaro

96 años

San Vicente de Alcántara (Badajoz)

“ *A veces, siente nostalgia de su pueblo, pero se encuentra a gusto con sus amigas en la residencia. Es un ejemplo de mujer fuerte e independiente bajo ese cuerpo menudo. Esos ojos tan claros siguen mostrando vivacidad e inteligencia. Y la sonrisa dulce seduce a quien la conoce.*



Al noroeste de Badajoz, en San Vicente de Alcántara, se oyeron tañer las campanas de la iglesia muy cerca ese soleado 17 de julio de 1923. Desde su casa, Antonio y Leandra pensaban que era como si anunciaran jubilosas el nacimiento de su último retoño. Esta vez era una niña, Josefa, que con su dulce sonrisa venía a borrar el doloroso recuerdo de los dos anteriores hijos muertos a los pocos años y a ocupar el cuarto puesto entre los hermanos.

Antonio, natural de Campanario, era almacenista de higos-pasa, castañas pilongas, alubias carilla que enviaba fuera y también tenía una tienda de comesti-

Josefa recuerda una infancia feliz, iba al colegio, con el sonido de las campanas como su segundo latir acompañado de las cigüeñas...

bles en la que se vendía sobre todo los arreglos de la matanza para elaborar las típicas chanfainas, mondongas, así como vino y aceite con el que las mujeres harían los dulces bollos de Pascua o los joriños.

Como comerciante, viajaba y tenía buena amistad con Martínez Barrios, que alcanzó los cargos de pre-

sidente de las Cortes, del Consejo de Ministros y presidente interino de la Segunda República.

Josefa recuerda una infancia feliz, iba al colegio, con el sonido de las campanas como su segundo latir acompañado de las cigüeñas y sus enormes nidos en lo alto de la torre de la iglesia. Incluso las llevaron a ver el castillo de Alburquerque...

Su madre le peinaba con un par de trenzas recogidas atrás, que dejaban despejado ese rostro infantil de tierna mirada azul cielo. Incluso relata, divertida, como en una ocasión bailó una jota en el Casino. Como niña y coqueta, que siempre lo ha sido, odiaba vestirse de negro cuando alguien fallecía y tener que llevar velo para el culto religioso.

Antes de la guerra civil, se estaba preparando para el Bachiller. Le daba clases su hermano mayor, Juan, que era maestro y se había librado de la mili por corto de talla. Al estallar la contienda, se tuvo que incorporar aunque lo destinaron a oficinas. Su tercer hermano, Luciano, estaba estudiando veterinaria en Madrid, por lo que la guerra les pilló a cada uno en un bando sin pertenecer a ninguno.

Leandra, que fue una madre ejemplar y prudente,

por amor a su marido que era republicano, incluso fue a una casa de citas a hablar con la “querida” del capitán, exponiéndose a las habladurías de todo el vecindario. Ésta le pidió dinero y al final le dijeron

*Como niña y coqueta,
que siempre lo ha sido,
odiaba vestirse de negro
cuando alguien fallecía
y tener que llevar velo
para el culto religioso.*

que tenía que abandonar el pueblo por lo que de noche vinieron unos familiares y se lo llevaron oculto en coche a casa de su hermano en Montijo, Portugal. Allí permaneció casi un año. A ellas les preguntaban los vecinos del pueblo que si lo habían

fusilado, y por qué ellas no se habían puesto de luto. Sus hermanos no sabían nada y no podían saberlo.

Desde Portugal les llegaban cartas, pero había censura... Por la noche se oían tiros desde ventanas vecinas y se acrecentaba ese miedo que se clava en lo más hondo del alma, ese sonido que querrías no haber escuchado nunca seguido de los silencios inacabables en los que la mente inquieta teme lo peor.

Josefa no da más detalles, prefiere olvidar esos meses negros de angustia e incertidumbre, sobre todo para las tres mujeres de la familia que debían hacerse fuertes, sin la presencia masculina en el hogar,

aunque estaban todos unidos como una piña pese a la distancia. Aunque sabe que siempre quedan resoldos y heridas que no se cierran prefiere guardar en su corazón los recuerdos felices y entrañables como las bodas de sus dos hermanos.

Lo que sí lamenta es no haber podido estudiar, con la ilusión que le hubiera hecho ser maestra, como le ocurrió a un porcentaje muy elevado de mujeres durante el franquismo. Años en los que en la sociedad patriarcal a la mujer se le relegaba al hogar fomentando la maternidad y alejándola de la posibilidad de trabajar fuera de casa.

Por circunstancias familiares no fue el caso de nuestra protagonista porque murió su padre que padecía del estómago, y al poco también su madre.

Fue un matrimonio muy unido, siempre pendientes de sus hijos. Las dos hermanas se hicieron cargo del comercio hasta la muerte de Teresa. Entonces Josefa se quedó sola al frente de la tienda. Era muy bonita, y además de los comestibles y productos a granel, bacalao... vendía también zapatillas, sombreros...

Ella disfrutaba de su día a día introduciendo novedades que pedía a los viajantes, y también se ocupaba

de llevar las cuentas del negocio, además de las labores que la entretenían mucho. Le funcionó bien y tenía una buena y fiel clientela.

Su hermano Luciano fue destinado a Chiclana de la Frontera (Cádiz), en la costa de la Luz. Es conocida por sus infinitas playas de fina arena que se pueden disfrutar todo el año gracias al buen clima de esta

Lo que sí lamenta es no haber podido estudiar, con la ilusión que le hubiera hecho ser maestra, como le ocurrió a un porcentaje muy elevado de mujeres durante el franquismo.

zona. Josefa iba siempre que podía, incluso en vida de sus padres. Le encantaba pasear por esa extensa franja dorada dejando que las olas acariciasen sus pies, y también sumergirse en ellas recuperando esa niña pequeña que lleva dentro reflejada en esa mirada azul de inocencia feliz. Atrás quedan las campanas, las cigüeñas, los alcornos y los olivos. Los atardeceres en los que el sol se abrasa en la línea del horizonte calman su alma. Hasta el mismo año pasado ha disfrutado de un buen baño.

Reflexiona: Le ha gustado tener su propia vida, trabajadora incansable, pero con sus ilusiones, con una familia unida por el cariño auténtico, tiene diez sobrinos directos y también sobrino-nietos. Da gracias por saberse tan cuidada por sus sobrinas.

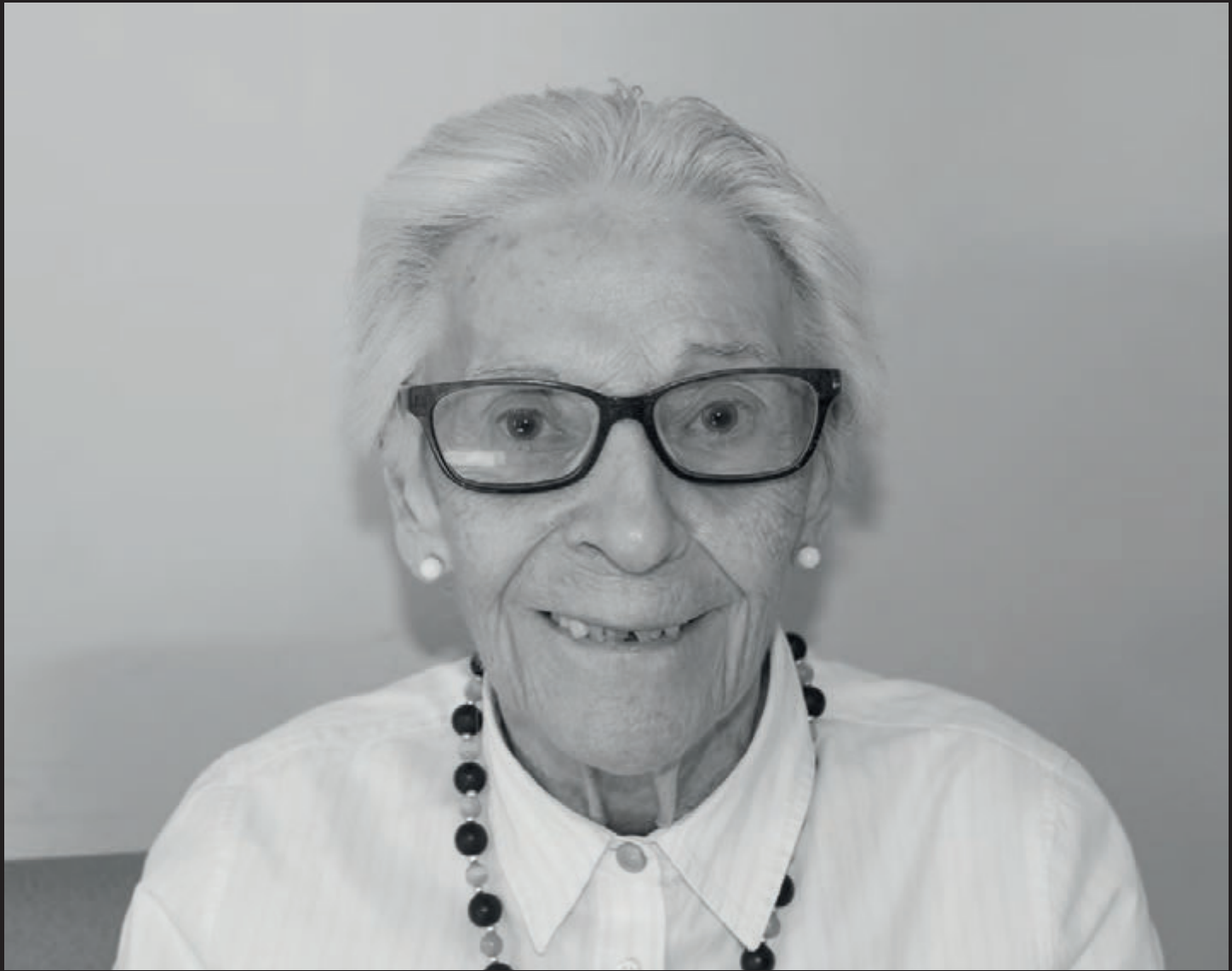


Eugenia Ríos González

85 años

Valencia de Alcántara (Badajoz)

“ Eugenia Ríos González rompió moldes en su época por perseverar en el ejercicio de su profesión de maestra, en la que llegó a dirigir un importante proyecto en Cáceres, y haberse sacado el carné de conducir cuando pocas mujeres lo hacían, para desplazarse diariamente a impartir sus clases, estando casada y con hijos. Su padre fue una figura importante en su vida.



Nació en Valencia de Alcántara en 1934, hija de padres maestros aunque su madre nunca ejerció, se quedó al cuidado de sus cinco hijos porque no había posibilidades de que el matrimonio ejerciese en el mismo pueblo. Vivió una infancia feliz junto a sus hermanos en el pueblo donde nació, hasta los años cincuenta en que su padre fue trasladado a un colegio en Cáceres. Todos los hermanos cursaron estudios universitarios.

Ella, dice, imitó a su madre en todo menos en la renuncia a su vida profesional. Empezó a ejercer en Valdefuentes, pueblo al que siguieron otros, y también dejó de trabajar cuando se casó, pero en cuanto tuvo oportunidad volvió.

Estudió Magisterio de 1952 a 1955, este último año conoció al que sería su marido con el que se casó en 1960. Al casarse pidió

la excedencia, aconsejada por su padre porque no podía quedarse en Cáceres ni había posibilidades de desplazamientos rápidos.

Durante el tiempo de excedencia se preparó las oposiciones y obtuvo el carné de conducir, *“lo que entonces era una barbaridad”*.



Se sacó el carné de conducir por necesidades laborales y con la resistencia paterna.

Su padre no quería pero ella insistió en que lo necesitaba si salían las oposiciones que esperaba.

Tuvo seis hijos, el último de ellos murió a los dos me-

*Dirigió el Colegio Anejas de Cáceres.
Comenzó en el femenino y en su gestión
lo unificó con el masculino.*

ses de nacer. Por aquellas fechas la buscaron a ella y a otras porque abrían el Colegio de la Dehesa de los Caballos -ahora Colegio Alba Plata-, para contratarlas como maestras. *“Era algo que nunca se había oído,*



lo de contratar a los maestros, mi padre decía que se contrataba a los obreros”.

Rechazó la oferta porque tenía al menor de sus hijos recién nacido pero cuando este falleció le pidió a su padre, que era maestro de la Escuela Aneja masculina de Cáceres, que se enterase de la situación. En 1971 reingresó y le dieron destino en Pedroso de Acim. Por entonces los colegios dejan de ser escuelas anejas a las de Magisterio y los que hicieron las oposiciones para las anejas tuvieron preferencia. Era su caso y fue la única que concursó para seis vacantes que había en Cáceres.

Cuando iba a Pedroso de Acim, ante las curvas de Cañaveral, se cruzaba diariamente con una furgoneta que se orillaba y le daba paso. Un día estaba tomando una cerveza con su marido en Cáceres cuando vio al conductor y se acercó a saludarle y agradecerle el gesto. Él la identificó como la del *Simca 1200*, que era el coche que conducía entonces, antes había tenido un *600*.

Comenzó a trabajar en Cáceres, en el Colegio de Prácticas Anejas a la Escuela de Magisterio Santa Teresa de Jesús, que era para niñas; el de niños era el Colegio de Prácticas Anejo a la Escuela de Magisterio Rufino Blanco, allí fue maestro su padre.

Al casarse pidió la excedencia en el ejercicio del magisterio, aconsejada por su padre. Tuvo seis hijos y volvió al trabajo en cuanto tuvo oportunidad.

En la Aneja de Cáceres fue muy bien recibida, alguna maestra del centro había sido maestra suya y de

su hermana. Las más antiguas les hablaron a las nuevas de su llegada y de que aunque los cursos ya estaban repartidos ella, por su oposición, podía elegir. Se quedó con el que estaba libre por decisión propia y al año siguiente cogió quinto. Llevaba cua-

tro o cinco años con ese curso cuando tocaba renovar la dirección del centro y la eligieron. Estuvo doce años de directora, hasta su jubilación.

Durante esa etapa unificó el Anejas 1 con el Anejas 2, formando un solo colegio. Eran quince profesores en cada uno y no se ponían de acuerdo en la elección de director. Intervino la Dirección Provincial, que la designó a ella.

Al principio tuvo rechazo por los del otro centro. Se fueron de vacaciones sin saber si había director y cuando a finales de agosto se interesaron por ello les dijeron que estaba designado y comunicado el 18 de julio. Era ella y no lo había sabido porque el otro candidato reco-

gía el correo y, le dijo, *“miraba otras cosas...”*

Otro de sus logros fue rescatar un Libro de Actas del colegio que estuvo oculto durante la Guerra Civil. En un acto público que presidía el presidente de la Junta de Extremadura, el Día del Maestro, se lo entregó para una biblioteca.

Encontró el libro en el armario de su despacho. Entre otras cosas, contenía el acta de un claustro que se celebró en el año 36, con los maestros de la Aneja masculina, entre los que se citaba a su padre, José Ríos Valiente. *“Aprobaron que se comprarían unas cortinas nuevas, que eran muy caras, costaban 1,25 el metro y eran muchas ventanas, tanto en la Aneja femenina como en la masculina. Lo hicieron un poco a escondidas”.*

Puso el libro a disposición de sus compañeros pero siempre estuvo a su cuidado y cuando se acercaba la jubilación celebró un claustro en el que se aprobó dárselo a la Biblioteca de la Escuela de Magisterio. Cuando se trasladó la Escuela a la Universidad, el director la llamó para decirle que habían trasladado el libro y que estaba donde ella quería.

De su infancia recuerda que entró en el instituto con doce años cuando todas las niñas tenían diez porque

acompañó a su abuela a Cáceres donde se trasladaron para que sus hermanos mayores hicieran el Bachiller pues ya habían acabado en Valencia de Alcántara.

De más mayor, que ella y unas amigas consiguieron que sus padres las dejaran ir con sus novios a la Virgen de la Montaña, que fue a París -*“Fue un éxito ir a París”*- y que fueron a Italia cuando se casó su hermana allí.

También que por un diagnóstico erróneo a los 16 años la escayolaron y estuvo nueve meses en la cama. *“¿Qué si he sido feliz? ¡Hasta el tiempo que estuve en la cama fui feliz!”*.

A su marido lo conoció en la calle, cuando ella iba al Círculo de Acción Católica y la saludó, en principio le confundió con otro. Después la buscó cuando iba a misa y empezaron a quedar.

Él no pudo estudiar porque murió su padre y a su madre, viuda y con cinco hijos, no le quedó pensión, pero se había ido superando. Cuando le conoció trabajaba en una ferretería *“en la que aprendió mucho”*. Eran cuatro trabajando con el jefe en la administración. *“Todos se colocaron de maravilla. Mi marido acabó en el Colegio de Practicantes, que después fue Colegio de Enfermería, de administrativo”*.

Su madre le reprochó que no era *“ni siquiera un maestro”* y le contestó que *“los que conozco no me gustan nada”*. Sus hermanos solo la advirtieron de que la diferencia de formación podría suponerle algún inconveniente. *“El padre de mi marido era primo hermano de mi abuela paterna”*.

Siendo una persona autónoma, Eugenia ha decidido ingresar en el Centro de Día y de Mayores *Geryvida*, de Cáceres, para no limitar la vida de sus hijos y por su necesidad de sentirse útil ayudando a sus compañeros.



Pilar Sedano

87 años
Reinosa (Cantabria)

“ *Pilar es ejemplo de mujer libre, que no se somete a nada ni a nadie y lucha por su independencia, asumiendo con alegría el resultado de su determinación, sin rencor, sin perder la sonrisa, enterrando el sufrimiento en el olvido, viviendo el hoy y ahora, ahí está su grandeza.* ”



Las Rozas de Valdearroyo es un municipio de Cantabria justo lindando con Burgos, pero un tercio de su superficie quedó inundada por la construcción del embalse del Ebro desde 1947. Por eso en el DNI de Pilar figura Reinosa como lugar de nacimiento un 22 de diciembre de 1932.

Fue la pequeña de tres hermanos, y con tan sólo tres años y medio quedó huérfana de padre al ser fusilado por sus ideas sindicalistas a comienzos de la guerra civil.

Como tantas niñas de la época pasó mucha hambre y frío durante los inviernos de grandes nevadas y heladas. Recuerda cómo rebuscaban entre las naranjas podridas para poder comer la

que menos lo estaba, cómo utilizaban los excrementos secos de las vacas o caballos de combustible para la chimenea. O sus incursiones en la estación para recoger el carbón que caía en las vías, ya que te-

nía parada el ferrocarril de La Robla que transportaba la hulla desde Palencia a los altos hornos de Bilbao.

Fue la pequeña de tres hermanos, y con tan sólo tres años y medio quedó huérfana de padre al ser fusilado.





Años muy duros en los que la inocente infancia se desvanece ante la prioridad de subsistir, en los que las madres no disfrutaban de su maternidad y lloran a escondidas por no poder dar lo más básico a su prole.

Como tantas niñas de la época pasó mucha hambre y frío durante los inviernos de grandes nevadas y heladas.

Quizás esos acontecimientos desarrollaron en la pequeña Pilar un afán de independencia que le va a caracterizar.

A los diez años, en la posguerra, la situación de dureza y escasez continuaba y comenzó a trabajar en una casa como chica de los recados. Lo mismo recogía un vestido de la modista que le llevaba la leche en cántaras a la señora. A cambio, comida escasa pero caliente.

Pasados unos años, en la temporada estival fue a trabajar a un hostel a Santander, que rivalizaba con San Sebastián en ese turismo de sol y playa ya iniciado en el siglo pasado, aunque por aquel entonces los baños de olas eran considerados sólo terapéuticos, aunque trajeron riqueza a la ciudad. Ahora en los

años 50 atraían un turismo de clases elevadas que dejaba buenas propinas.

Cuando volvió a Reinosa, comenzó a trabajar tanto en la casa como en la consulta de un dentista, el Doctor Ortiz, hombre de gran tamaño y potente voz. Más adelante hacía el trabajo de una auxiliar de enfermería.

Pilar sabía que según las costumbres de la época, como hija y la pequeña, sería la que cuidaría de su madre. No quería quedarse sola el día que ésta muriese, pero tampoco un hombre que la mantuviera o le hi-

ciera compañía. Así que tomó una decisión largamente pensada y meditada, que en aquella época escandalizaba y marcaba a una mujer, ser madre soltera. Con la seguridad de ser señalada por todas y todos, incluida la propia familia. Pilar, desde muy niña ya ha demostrado que no se frena ante las dificultades. Así que en 1965, en la cocina de su casa, nace su hijo Francisco.

Resultaba aún más duro sacar adelante a un hijo sola entonces, en una sociedad en la que la mujer debía pedir permiso al marido para todo: para trabajar, abrir una cuenta bancaria, sacarse el carnet de conducir...



La decisión trajo muchas consecuencias a las que tuvo que enfrentarse con gran valentía. Tan sólo narra que en una ocasión se negó a la proposición de un matrimonio francés, que no podía tener descendencia, de comprarle a su hijo para ofrecerle una vida mejor.

Resultaba aún más duro sacar adelante a un hijo sola entonces, en una sociedad en la que la mujer debía pedir permiso al marido para todo.

Otras muchas veces padeció acoso masculino, que no quiere detallar.

Dice solamente *“que pensaban que todo el monte era orégano”*.

Aún hoy, sentada en una silla de ruedas con el lado derecho paralizado, con tesón, ha aprendido a ponerse de pie empleando una sola pierna, a utilizar la mano izquierda para comer, para pintar con lápices de colores e incluso se aplica cada mañana su barra de labios, ya que le ha gustado siempre ir bien arreglada. Luchando también con esa cabeza que se le va por momentos...



María Simón Arranz

93 años

Aldeanueva de La Vera (Cáceres)

“*María Simón Arranz fue a la escuela hasta los 13 años pero lo hizo de forma irregular debido a la guerra. De adulta se apuntó a un taller de literatura donde ha producido textos merecedores de alentadoras críticas. Nació en Aldea Nueva de la Vera aunque ha vivido desde los cinco años en Navalmoral de la Mata donde la familia salió adelante con una taberna y la venta del café que llegaba de Portugal. Trabajó en el negocio familiar y como modista, se ocupó de su madre durante muchos años y cuando tenía 40 se casó y tuvo dos hijos.*



Nació en Aldeanueva de la Vera en 1926. Allí residió con sus padres durante sus cinco primeros años. Entonces tenía tres hermanos y eran de edades similares. Tuvo que ayudar a su madre desde muy pequeña y eso *“marca mucho, pocas amigas, pocos lujos, poca alegría y no digamos caprichos...”*.

Después se trasladaron a Navalmoral de la Mata, de donde era su padre. Era el año 30, su padre era carpintero y trabajó en las obras del Ayuntamiento y de las escuelas, *“hizo bancos, el escritorio del maestro y esas cosas”*. Él tenía dos casas en el pueblo. *“Nos vinimos aquí en reclamo de decir tenemos dónde estar en Navalmoral, es mi pueblo, ahí están mis casas, ahí está la herencia de mis padres, las cosas de mi abuela, podemos entrar ya a vivir”*.

La familia prosperó económicamente desde la nada con una taberna y la venta del café que llegaba de Portugal. Estuvo al frente del negocio familiar y se encargó del cuidado de su madre.

Cuando tenía 10 años estalló la guerra y pasaron privaciones y mucho miedo. Ya tenía una hermana más cuando a primeros de septiembre mataron a su pa-



dre. Al principio estuvieron un mes en el campo, por miedo a las bombas, hasta que tuvieron que volver y se encontraron con que les habían robado lo poco que tenían.

Fue a un taller de literatura a aprender porque a la escuela fue poco. Escribo y recita bien, recibe críticas alentadoras.

En una de las casas pusieron la taberna y en la otra, al lado, que era una casa grande, con cuadra y corral, vivían. Su madre hacía la comida de los soldados, de la que a escondidas apartaba para

ellos. Recuerda que cuando llegaban las caravanas de camiones a repostar gasolina entraban a la taberna a beber y no pagaban e incluso se llevaron latas de sardina del negocio. *“Nosotros calladitos. Teníamos miedo, pues al faltar mi padre y en las circunstancias en las que fue su muerte, teníamos más peligro de que nos fusilaran, sobre todo a mi madre”.*

Acabada la guerra siguieron con la taberna y además cogían huéspedes para aprovechar las camas durante las ferias, a las que acudían gentes de otros pueblos. En ese tiempo ellos dormían en el suelo.

Además de la taberna, llegaron los años de vender

café y otras cosas, lo que atraía a la gente de los pueblos a su casa a comprar. Las cargas de café llegaban de Portugal, en las bestias, y en la calleja, junto a su casa, soltaban los fardos. *“Teníamos que estar rezando continuamente para que no nos pillaran”,* porque llegaban de contrabando. *“Me atrevo a decirlo porque el otro día lo vi en televisión, en Canal Extremadura, que hablaron con los que venían de Portugal y contaron cómo era”.*

Con la taberna y la venta de aquellos productos, remontaron económicamente. Su madre tenía apego a la taberna porque representaba el remonte desde la



nada y la mantuvieron, hacía comidas para la gente que llegaba de otros pueblos. Había estado cinco años en Tánger de cocinera con el vicecónsul de Francia, *“porque sabía mucho de cocina”*. A ella no la dejaba cocinar, se encargaba de despachar.

Sus hermanos, dice, no pudieron ayudar mucho a la familia. Su madre consiguió que uno fuera factor en *Renfe*, otro se fue a la mili y después se casó y el más pequeño se marchó igualmente a ser soldado, después a Madrid de camarero y allí se casó. Su hermana y ella se encargaban de la casa y de la taberna, con su madre. Cuando tenía 14 años entró en una sastrería para aprender el oficio, estuvo siete años sin ganar nada y

cuando salió cosió por las casas. Le gustaba coser pero se puso al frente de la taberna, *“porque mi madre y hermana estaban enfermas casi siempre”*. Todo iba mejor, tenían clientela y marchaban bien, su hermana se casó y ella se quedó con la taberna y su madre, que ya era muy mayor y tenía demencia. Después también se casó y se la llevó con ella a casa y la tuvo hasta que murió.

Se casó a los 40 años, *“como la del cantar La vecinita de enfrente...”*. El matrimonio resultó *“muy bien”*. Tiene dos hijos y tres nietos. Cuenta que estando sola con su madre, ya enferma, *“tenía que tomar una decisión para salir de ese panorama de ser una triste tabernera”*. Había un muchacho que siempre la quiso *“y en*



cuanto le pretendí...". Se llamaba Eusebio, era fontanero, se casaron y enseguida tuvo a sus dos hijos.

Se casó a los cuarenta años con un muchacho que la quiso siempre y "en cuanto le pretendí...". Enseguida tuvo a sus dos hijos.

no podía ir al cine, ni con sus amigas... amigas que conserva de toda la vida.

Dice que en ese tiempo era un poco retraída, que al estar detrás del mostrador de una taberna, atendiendo a gentes rudas *"tenía que estar siempre con la carita larga, no me salían novios buenos y yo tenía mucho gusto y no quería casarme con un patán"*.

Eusebio fue para ella la felicidad, su familia la aceptó y tuvo tacto para con su madre, *"ya completamente ida"*. Recuerda con especial cariño el día de su boda, los días en los que nacieron sus hijos y aquellos en los que a Eusebio le veía feliz.

También guarda buen recuerdo de las vivencias con dos amigas, que *"son como hermanas"* y ya tienen

también mucha edad.

El mayor de sus hijos vive en Dublín y el pequeño en Palma de Mallorca. Ella en el Centro de Mayores San Miguel de Navalmoral de la Mata, *"muy bien y contenta, ya que estando bien atendida mis hijos están tranquilos y contentos con la mamá de 93 años"*. Lleva seis años en la residencia, desde que sus hijos se fueron a vivir fuera y ella ya no podía vivir sola. *"O las mujeres o una residencia"*, le dijeron, a lo que respondió, *"baja la maleta que ya estoy allí"*.

Es autónoma y muy activa, participa en las actividades del centro y en un taller de escritura impartido por Pilar Galán en la Casa de la Cultura. Entre sus escritos en este taller figura un *"Autorretrato"* desde la mirada de su marido y una prosa poética dedicada a sus recuerdos, que recita. Sabe que escribe y lee bien, recibe críticas alentadoras.

Fue al taller a aprender porque en la escuela estudió poco. Estuvo hasta los trece años pero de forma interrumpida, debido a la guerra. Con sus hijos ya colocados le sugirieron que se apuntase al taller de literatura de Galán. *"Creí que no me iban a aceptar porque tenía poca cultura, pero me dijo que lo hacía muy bien"*.

Estefanía Trujillo Fernández

72 años

Valencia del Ventoso (Badajoz)

“ *Nadie preguntamos por qué el sol sale al amanecer y la luna al anochecer. Estefanía, con gran naturalidad, acepta que su vida es la que es. El compromiso adquirido un día llega hasta las últimas consecuencias, el amor es el motor de su entrega, de querer a su Andrés como si estuviera sano y mirarlo con ternura. Su recompensa, la felicidad y cariño de hija, hijos, y futuras generaciones.*

Estas mujeres fuertes, luchadoras, que entretejen desde su silencio abnegado la historia de nuestro país, son insustituibles, como la luz solar, aunque por su cotidianidad, se olvide esa grandeza.



La hermosura natural de Valencia del Ventoso, en las estribaciones de las sierras del sur a 95 Km de Badajoz no podía ser contemplada, como lo hacemos ahora, ya que España se hallaba aislada del resto de

Europa y sumida en una dura postguerra de hambre y escasez.

Como recuerda, no había ni Reyes Magos, ni juguetes, ni nada. Lo importante era sobrevivir. ¡Era una infancia tan sobria y diferente a la actual!

El 26 de Octubre de 1947 en un humilde hogar, ajenos por un momento a todo eso un joven matrimonio era feliz

por la llegada de su segunda hija, Estefanía.

Su infancia transcurrió como la de la mayoría de criaturas en esa época. Su padre trabajaba en el campo, y aunque nunca les faltó para comer, faltaban muchos alimentos básicos y hacían lo que podían. Como recuerda, no había ni Reyes Magos, ni juguetes, ni nada. Lo importante era sobrevivir. ¡Era una infancia tan sobria y diferente a la actual!

Con su edad ayudaban en lo que podían. Su hermana mayor, que le llevaba cinco años, fue la primera en ayudar a su padre en el campo. Luego se incorporó ella, recogiendo algarrobas o aceitunas.

Después lo haría su hermano más pequeño.

A los trece años empezó a trabajar como niñera en una casa en la que estuvo hasta casi los 22. Se casó en agosto de 1969.

Contrajo matrimonio pronto, porque la madre de su prometido tenía la enfermedad de Parkinson y eran tres hijos varones y una hija. Primero se casó su hermano mayor, y luego él. Así aligeraban la tarea de su hermana que quedaba al cargo de la casa y de su madre.

Andrés también trabajaba en el campo. Estaba de guarda de los olivos y el amo de las tierras le proporcionaba una casa con un pequeño terreno para huerto.

Al año de casarse nació su hija, M^a José, y ella se trasladó a vivir con él. Más tarde nacerían otros dos hijos. Se criaron allí, hasta que tuvieron edad de ir a la escuela, y entonces se quedaban en el pueblo con los abuelos. Se peleaban si iba más veces la hermana. Y si no, la reclamaban los yayos. Los domingos y las vacaciones siempre en el terreno.

Estuvieron más de treinta años allí, estaba cerca, a unos 4 km de Valencia del Ventoso. Hasta que en-



fermó su marido. Primero le quitaron un riñón, luego trabajaba algo, pero siguieron muchas operaciones y sobre todo la enfermedad de Parkinson. Tuvieron que regresar al pueblo.

A los trece años empezó a trabajar como niñera en una casa en la que estuvo hasta casi los 22.

Para Estefanía resultó muy duro a sus 47 años cerrar una etapa de su vida, y ver cómo el hombre que era el pilar de la familia pasaba a ser el más frágil y necesitado.

Lleva casi 26 años cuidando de él las 24 horas del día con total dedicación. En 2007 le concedieron la ayuda por la Ley de Dependencia. Podía elegir entre tener una persona 4 horas al día, ingresarlo en un centro o ayuda económica.

Ella escogió esta tercera opción, aunque sea escasa la cantidad para todo lo que necesita un enfermo así. Medicación específica, alimentación de farmacia que ha que darle por sonda, aparato aspirador de flemas, una grúa para transportarlo, etc.



Hay que hacerle absolutamente todo. La enfermedad le produce demencia senil, y una rigidez que dificulta

Resultó muy duro a sus 47 años cerrar una etapa de su vida, y ver cómo el hombre que era el pilar de la familia pasaba a ser el más frágil y necesitado.

enormemente su cuidado. Cuenta con la ayuda de su hijo Javi, que además acaba de ser padre y se trasladan a vivir con ella para poderle echar una mano. Aún así Estefanía es la que lo acomoda al final, porque

después de tantos años sabe perfectamente cómo está más cómodo. Ella dice que es un poco egoísta, porque no quiere que nadie lo toque. En agosto fueron las bodas de oro de su matrimonio. Toda una vida de dedicación amorosa.

Por las mañanas aprovechando que no se puede mover, lo deja en la cama para salir a comprar, ir al médico, a la farmacia, aunque con zozobra interior. Pero siempre dependiendo de cómo se encuentre él. A veces está muy inquieto, o empieza a llamar... Por la tarde lo levanta y ella ya se queda a su lado.



Dolores Valero Santos

99 años

Castañar de Ibor (Cáceres)

“ Al borde del siglo de una dura existencia, de carencias materiales, pérdidas personales y esforzados trabajos para sacar adelante a su familia, sigue manteniendo una actitud positiva ante la vida y sus pequeños o grandes problemas que, para admiración de quienes la rodean, encara con un determinado “hay que mirar para adelante”, como mantra que identifica su filosofía de vida.





La vida de Dolores es la de una mujer trabajadora, luchadora y familiar que ha afrontado numerosas adversidades.

A los dieciséis años tuvo que enfrentarse al duelo por la pérdida de sus padres y a la necesidad de seguir adelante con la única compañía de sus dos hermanas con las que, eso sí, desarrolló un apoyo

mutuo incondicional. Comenzaron entonces las duras jornadas de trabajo como jornalera en el campo de Castañar de Ibor, de donde es natural y donde ha residido casi toda su vida.

Se casa y dedica el tiempo a la crianza de sus siete hijos, uno de los cuales no llegó a la edad adulta, sumando un nuevo duelo a la vida de sus padres. Para sacarlos adelante trabajó en todas las tareas que se le brindaron: de peón en labores agrícolas y ganaderas, como jornalera recogiendo aceitunas, como sirvienta en casas, vareando lana de colchones, lavan-

Elaboraba remedios caseros para combatir algunas dolencias gracias a su gran conocimiento de las plantas locales. Las plantas han sido una de sus grandes aficiones y no solo supo disfrutar de sus propiedades sanatorias sino también deleitarse en su belleza.

do ropa en las frías aguas de ríos y arroyos,... algunas prendas se las daban para sus hijos, “*porque no tenían*”. Recuerda haber arrancado garbanzos desde la mañana temprano, haber dormido en el campo y que un día no se había llevado pan por la mañana y le dio un mareo, calentaba mucho el sol, se puso muy mala y tuvieron que llevarla al médico.

Junto a su marido, Máximo, completaba la economía familiar con actividades como la fabricación de colmenas, muebles y aperos de labranza, o elaborando remedios caseros para combatir algunas dolencias, gracias a su gran conocimiento de las plantas locales, que tan a mano tenía en el campo. Las plantas han sido una de sus grandes aficiones y no solo supo disfrutar de sus propiedades sanatorias sino también deleitarse en su belleza. Todavía confiesa su gusto por los claveles y los geranios.

Nunca aprendió a leer ni a escribir, pues siempre, irremediamente, el trabajo era prioritario; el medio para sacar a su familia adelante no dejaba tiempo para mucho más. Los años de crianza de sus hijas

e hijos fueron difíciles, como para muchos españoles fueron tiempos de pobreza y hambre, lo que llevó a la mayoría de sus hijos a salir del pueblo buscando un mejor porvenir en la emigración, interior y exterior. Madrid y París fueron los destinos que eligieron para empezar una nueva vida.

Ella y su marido nunca tuvieron un coche, cualquier desplazamiento, para labrar sus tierras y huertos, por ejemplo, los realizaban en mulas y burros, o a pie. Tu- vieron una casa pequeña en el campo, alejada del pueblo, y bregaron contra el monte y las piedras para cultivar algunos olivos que tardarían años en dar su fruto. “*Enviudé cuando estaba bien*”, recuerda y califica de “*muy bien*” su vida de casada porque “*tenía un marido encantador*”.

El huerto era otro lugar de afanes para Dolores, que cultivaba alimentos para la manutención de la familia, y los animales formaron parte esencial de su universo: el burro para los desplazamientos y el trabajo agrícola, las gallinas para carne y huevos, algunos peces del río y piezas de caza menor, como pájaros, conejos, per-

Para sacar adelante a sus hijos trabajó en todas las tareas que se le brindaron: peón en labores agrícolas y ganaderas, jornalera recogiendo aceitunas, sirvienta en casas, vareando lana de colchones, lavando ropa,...

dices, para enriquecer una dieta básica y monótona en la que el cerdo era fundamental. Sin los cerdos la subsistencia hubiera sido muy difícil en aquel mundo empobrecido.

Nunca aprendió a leer ni a escribir, pues siempre, irremediablemente, el trabajo era prioritario; el medio para sacar a su familia adelante no dejaba tiempo para más.

Pese a los años y las adversidades, esta mujer polifacética que desempeñó distintos trabajos en unos tiempos en los que el hambre proyectaba su sombra sobre un país asolado por una guerra reciente y devastadora, siempre mantiene una sonrisa. Vive en la Residencia Nuestra Señora de Guadalupe de Bohonal de Ibor (Cáceres) donde resaltan que *“es una persona cariñosa, amable, empática y amiga de sus amigos”*, colaboradora en cualquier actividad que le propongan y dispuesta a tender la mano ante cualquier necesidad a pesar de que sus capacidades físicas estén reducidas y, en ocasiones, esto ponga en peligro su integridad. *“Es una de esas personas que cada día al mirarla te sale una sonrisa, que ella misma te devuelve, y lo poco que tiene prefiere regalarlo a quedarse con ello”*, dicen de ella.

A pesar de algunas limitaciones físicas, que no difi-



cultan su desenvolvimiento cotidiano, cada día hace gala de bondad, simpatía, amabilidad, cariño, alegría y respeto hacia los demás residentes y trabajadores del centro. Su hipoacusia produce situaciones divertidas para sus compañeras que nunca se ha tomado como algo negativo.

“Siempre mantiene una sonrisa, y nunca ha manifes-

tado tristeza por los recursos o la lejanía familiar”. Ante las dificultades que pueden darse en su vida, su respuesta siempre es: *“Hay que mirar para adelante”* y relativiza la importancia que le atribuimos a los problemas”. *“Es de esas personas que siempre tienen algo que enseñarte, de las que se aprende cada día”.* *“Si estoy en el pueblo me quieren y aquí [en la Residencia] igual”*, apostilla ella por su parte.



Dionisia Venegas Medina

91 años
Segura de León (Badajoz)

“*Dionisia, de dulce sonrisa e inteligente mirada clara es ejemplo de amor por encima del tiempo y de toda adversidad. Haber escrito de su puño y letra sus memorias a los 91 años con tal precisión memorística, con tal naturalidad en la narración, produce un asombro lleno de admiración agradecida por su generosidad, para que el legado de esta generación de mujeres fuertes, valientes, calladas, no se hunda en el olvido.*



Las cigüeñas negras habían regresado, la dehesa presumía de sus enormes encinas bañada por el aroma de la jara y la retama. Segura de León mostraba un cálido y soleado día entre sus encaladas casas que crecían entre las empinadas cuestas de los dos cerros que la rodean. Era un 25 de abril de 1928, Ignacio, zapatero de la villa y Eduarda que era sastra, mostraban alborozados a su primera hija, Dionisia.



A los trece meses nació su hermano, Manuel, un 19 de mayo de 1929. María Josefa vendría un 8 de febrero de 1931, pero no llegaría a terminar el año. El 11 de agosto de 1932 nacía Eduardo.

Su abuelo materno había tenido que ir a Sevilla y trabajaba como jardinero. Para quitarle trabajo a su madre, que era hija única, Dionisia pasaba largas temporadas con sus abuelos, turnándose

Para quitarle trabajo a su madre, que era hija única, Dionisia pasaba largas temporadas con sus abuelos, turnándose con su hermano.

con su hermano. En Sevilla, el barrio se estaba empezando a construir, no había coche de línea, el colegio pillaba lejos por lo que su abuelo, que sabía leer y escribir, le ponía deberes que le revisaba al volver del trabajo. Ella lo pasaba bien realizándolos. Tiene grabado el sonido y la imagen del tren dirección Cádiz que pasaba por la puerta dos veces al día. Con sus abuelos iba a todos los sitios y lo pasaba genial.

El 29 de mayo de 1934 nace M^a Josefa, la quinta hermana, que falleció a los cuatro meses. Y un año más tarde, nacía Francisca.

Su madre había ido a Sevilla para operarse, con su pequeña. El 18 de julio de 1936 recuerda que salieron en autobús al centro y tuvieron que tirarse todos al suelo por que saltaban los tiros por encima. Pudieron alejarse luego con gran temor.

Ya en casa, los tiros se escuchaban a distancia, pero estuvieron tres días sin salir. Hasta que lo hizo su abuelo para buscar pan. Y llegó impresionado de ver la cantidad de cadáveres que había por las calles. Días después empezaron a bombardear, y cuando sonaba la sirena tenían que correr a los refugios. Como estaban incomunicados, su padre, en el pueblo no pudo aguantar más la espera y se presentó allí para traer de nuevo a su mujer y a su hijita que tenía 9 meses, Porque los hospitales sólo se habilitaban para los heridos.

Dionisia y su hermano permanecieron en la ciudad hasta que pudo ir a buscarlos su padre, entre sirenas y corridas al refugio. De niños no se entiende de bandos de lucha y quedan grabados para siempre los sonidos del terror.

En 1938 regresó su madre a Sevilla para la operación. Le quitaron un ovario.

El 1 de abril de 1939 finalizó la contienda y entró el general Franco desfilando con todo el engalanado ejército de tierra y de aire. Dionisia regresó al pueblo.

En 1940 su madre se había quedado embarazada, pero pasó siete meses en cama vomitando. El 22 de agosto nació una niña preciosa, que a los tres meses falleció. Eduarda tuvo que dejar la costura y ella se puso a coser en casa de su tía. El 22 de diciembre moría su abuelo Eduardo.

Empezó la época más dura. La postguerra trajo la hambruna, porque había muy poco grano y en el pueblo se vivía de los cereales. Daban cartillas de racionamiento individuales. Todo muy escaso.

Comían el tocino con bellota rallada con la que hacían tortas. Se vendía una harina de maíz cochinerero que no unía para hacer pan. Así que su padre, que desde niño aprendió a amasar, fabricó un pequeño horno y

El 18 de julio de 1936 recuerda que salieron en autobús al centro y tuvieron que tirarse todos al suelo por que saltaban los tiros por encima.

compraba harina de estraperlo para elaborarlo por las noches y poder venderlo.

En 1942 nació otra hermana el 4 de diciembre, pero vivió sólo siete meses.

Por aquellos años había que coger la ropa y el cántaro para ir a la fuente del Caño a lavarla. Eso a diario, porque las prendas escaseaban.

A los 17 años ya tenía novio. Desde muy niña había estado enamorada de él y no hacía caso a los pretendientes que le surgían. Trabajaba de arriero y pasaba varias veces por delante de su casa porque vivía un poco más arriba, pero nunca le decía nada. Recuerda como el día más feliz de su vida cuando él se dignó mirarla. Ella iba al colegio de las Hermanas de la Cruz, pero ya cuando su padre se enteró que le rondaba, le prohibió asistir.

El luto riguroso en el que la mujer no podía salir a la calle si había muerto un familiar, también le afectó al comienzo de su relación al morir su abuela en 1945 con 62 años. Permaneció un mes sin poder verlo.

Luego ya salía a la puerta a hablar con él, hasta que Gabriel pidió a su padre “*la Entrada*” (expresión típica de la época). Cuando iba, tenían que estar pendientes del reloj, y sentados en una silla con su madre que les leía libros y su padre enfrente, sus tíos, y las vecinas que acudían todas las noches. Esta situación la vivió durante diez años. Dentro de los cuales, él hizo la mili y ella sirvió en Sevilla.

Existían varias fases en el ritual de las bodas: “*la pedida de la novia*”, “*amonestaciones*”, “*el día del casamiento*” y “*el segundo día*”. Siempre bajo la tutela y aprobación paterna. La novia debía coserse todo su ajuar. Buscaron un piso de alquiler. La cama, la mesilla, una cómoda, un lavabo con una palangana, una percha, una jerga encima de la cama era todo el mobiliario de la habitación.

El 21 de julio de 1956 nació su primer hijo, Antonio. Era también el primer nieto y tenía a toda la familia encandilada.

Por aquellos años había que coger la ropa y el cántaro para ir a la fuente del Caño a lavarla. Eso a diario, porque las prendas escaseaban. Mientras dejaba al niño con las muchachas del taller que estaban locas con él.



A los 19 meses nació Ignacio, y a la misma rutina. En 1960 nació Manuel, en 1962 Gabriel, en 1963 José María y por fin el 5 de febrero de 1968 nació la niña. Casi no daba crédito al contemplarla. Aunque la dicha duró muy poco porque el 17 del mismo mes fallecía su madre.

Siguieron luchando para criarlos. Su padre trabajaba mucho para que no faltase la comida, desde las 4:00 horas de la mañana a la noche se iban a la ribera a sacar arena que repartían en las obras, otras veces segando, y ella con toda la tela que le daban confeccionaba ropa para su prole, de forma que nunca se aburría.

Se fue complicando la salud de su marido desde 1985. Pero sobre todo desde 2009 que fue operado siete veces, la última en 2015. Dionisia siempre a su lado. Lo echa mucho de menos porque en 60 años de matrimonio no se separaron nunca. Fue el amor de su vida. Un broche con su foto y una medalla de la Virgen de Santa Ángela, a la que tiene gran devoción, son los únicos adornos sobre el negro, que nunca se quita

Los hijos fueron creciendo y formando sus propias familias. Algunos están lejos. La hija vive encima de su casa y ella sonríe feliz, orgullosa de sus 13 nietas y nietos y 7 biznietas y biznietos.



memoria viva
MUJERES PARA RECORDAR

memoria viva

MUJERES PARA RECORDAR



mirando al futuro

EL CAMBIO DEMOGRÁFICO CAMINANDO HACIA NUEVOS ESCENARIOS

